



UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
DEPARTAMENTO DE LITERATURA

La sociedad delictual de *El río* como una alegoría de nación

Informe de seminario para optar al grado de Licenciado en Lengua y Literatura
Hispánicas

Karla Zúñiga Moya

Profesor guía: Ignacio Álvarez

Agradecimiento

Quiero agradecer a mi profesor guía, Ignacio Álvarez. Su ayuda y paciencia me incentivaron a seguir con mi tesis. Su orientación fue importante para seguir con mi trabajo. Gracias a él pude escribir una tesis de la que me siento orgullosa.

A mi familia, mi mamá Ana, mi padre Juan, y mi hermana Yesileim, que siempre han estado allí para mí, animándome a seguir con la tesis o escuchándome cuando sentía que no podía seguir avanzando. Muchas gracias por estar allí en cada uno de mis proyectos.

A mis amigos de carrera, Manuel, Karla, Montserrat e Ignacio, con quienes compartí a lo largo de estos años y han estado ahí en momentos buenos y difíciles en esta etapa de mi vida.

Índice

I. Introducción.....	4
II. Sociedad alternativa en <i>El río</i> de Gómez Morel.....	6
III. Contexto histórico sobre marginalidad y mundo del hampa.....	12
IV. Un análisis de <i>El río</i> a través de personajes y entes.....	18
A. Cabros del río.....	19
B. Choros.....	24
C. Entre el reformatorio y la cárcel.....	27
D. En el límite: Prostitutas.....	31
E. En el límite Homosexuales.....	35
V. La comunidad imaginada de <i>El río</i>	38
VI. <i>El río</i> , una alegoría de nación.....	52
VII. Biografía.....	60

Capítulo I: Introducción

En la presente investigación, analizaré la novela autobiográfica *El río*, de Alfredo Gómez Morel, publicada en 1962. El libro relata la vida de un joven hampón desde su infancia hasta los primeros años de su adultez. El trabajo se centrará en torno a la comunidad delictual descrita por el narrador y cómo esta construye sus propias normas para regirse. Todo esto, por supuesto, en el aspecto literario.

Para llevar a cabo aquello, hice una descripción y contextualización de la literatura chilena, explicando que muchos de los textos emitidos tratan sobre sujetos marginalizados y desplazados socialmente. Después, reseñé la vida de Gómez Morel y propuse mi hipótesis, que es que en la novela *El río* existe una alegoría de nación en relación al mundo delictual. Además, para este trabajo tengo presentes los conceptos de novela autobiográfica, novela de formación o *bildungsroman* y comunidad imaginada para contextualizar y desarrollar mi escrito.

Posteriormente, realicé una descripción histórica sobre el desarrollo de la sociedad chilena de finales del siglo XIX e inicios de los XX, centrándome específicamente en las clases altas y bajas. Dicho capítulo lo realicé con la intención de proporcionar antecedentes históricos que me permitieran determinar el origen del mundo delictual y algunas de sus características.

Mi análisis se basa en dos partes: primero en la descripción exhaustiva para caracterizar a la comunidad; y el segundo en analizar el por qué sería una analogía de nación, siempre considerando los elementos descrito con anterioridad.

A partir del cuarto capítulo, establecí una explicación y descripción exhaustiva sobre ciertos tipos de personajes que representan a la comunidad delictual. A estos los agrupo en ciertas categorías que detallo en tanto a sus características como integrantes de la misma así como sus códigos de conducta, comportamientos y leyes por las cuales se rigen.

Debo advertir al lector que tanto el cuarto como el quinto capítulo son de carácter descriptivo más que analítico, porque: por un lado, no hay que olvidar que la obra tiene verosimilitud con la realidad, ya que quien lo escribió realmente se desenvolvió en el mundo delictual; y por el otro, cabe recordar que este análisis detallado es estrictamente literario, por lo cual lo descrito en dicho capítulo estará en total concordancia con lo que aparezca en el libro y con las posibles reflexiones que haga del mismo. Lo explicado en este capítulo me permitirá encasillar la novela como una alegoría de nación.

En el quinto capítulo me centré en describir a la comunidad delictual. Comparé algunos de estos aspectos con estudios previos realizados en dicha novela que coincidían con el presente trabajo e hice un contraste entre estos para luego pasar a mis propuestas. Además, analicé de manera descriptiva uno

de los tópicos esenciales del relato, la guerra contra la ciudad. Hice también un recorrido de la historia del protagonista, cómo se desarrolló en la comunidad delictual y sus esfuerzos de pertenecer a este mundo de tan difícil acceso.

Finalmente, argumenté en el último capítulo por qué la comunidad delictual de la novela *El río* representa una alegoría de nación, agrupando ciertos aspectos que describí en los capítulos cuarto y quinto. Concluyo que ambas, la sociedad estamental y la sociedad literaria de la novela, tienen muchos elementos bases comunes, lo cual me permite establecer y validar mi hipótesis.

Capítulo II: Sociedad alternativa en *El río* de Gómez Morel

Muchas de las narraciones literarias que se escribieron en Chile a finales del siglo XIX y durante gran parte del XX exponen de manera crítica la vulnerabilidad social. Estos relatos encarnan en sus personajes estas injusticias sociales y a la vez representan una comunidad marginalizada. A lo largo de la historia se mantiene una tensión constante en el sistema social, tensión que puede o no ser el eje central del desarrollo de la trama narrativa. Me refiero a sujetos o individuos ficticios que de cierta forma representan a un determinado grupo de la sociedad chilena a través de sus características psicológicas —y en algunos casos físicas—, o a los eventos de la narrativa que evidencian cómo se imagina una determinada comunidad en relación a los individuos que forman parte de la nación en su conjunto. Ejemplo de esto son las obras *Hijo de Ladrón* (1951) de Manuel Rojas y *La amortajada* (1941) de María Luisa Bombal. La primera se centra en Aniceto Hevia, quien forma parte de un grupo segregado por el sistema pero que, a su vez, se resiste a insertarse en el mismo; la segunda es Ana María —la amortajada—, en cuyo relato se expone el rol de la mujer en esa época, mostrándola como alguien sofocada y reprimida por su entorno, enclaustrada en una ‘clase’ y entorno social —una clase acomodada, sin ser alta pero con un buen pasar económico— que le impide realizarse como persona y conseguir la plenitud máxima.

Usando distintos movimientos y dispositivos literarios —tales como el realismo, la corriente de la conciencia y vanguardias como el surrealismo, entre otras— estos textos muestran cómo algunos sujetos relegados socialmente construyen una mini sociedad que es representada por la literatura. Tales son los casos de *Hijo de Ladrón* de Manuel Rojas y *Eloy* (1967) de Carlos Droguett, obras cuyos protagonistas son marginalizados y, en el caso del último, incluso es perseguido por su condición de ladrón violento. Entre los escritores que escribieron una profunda crítica social y mostraron mediante sus protagonistas esta segregación social de distintos grupos sociales se encuentran los ya mencionados Bombal, Rojas y Droguett, sumándose a ellos Baldomero Lillo, Nicomedes Guzmán, y toda la generación del 38.

Esta forma literaria de representar a las diferentes comunidades de la nación está estrechamente relacionada con los distintos cambios sociales y políticos de la época, desde la última parte del siglo XIX hasta gran parte del XX. Desde mi perspectiva, estas representaciones son una especie de respuesta y resistencia hacia el Estado y sus instituciones, un intento de reflejar ese otro Chile que se encuentra reprimido o dejado de lado, aquellos problemas o dificultades sociales que las instituciones no han sabido o simplemente no han querido resolver (Salazar y Pinto 36). De esta forma, queda

evidenciada la tensión permanente entre lo que sería el Estado y las oligarquías —quienes ostentan el poder de todas las instituciones estatales— y el resto de la población chilena que se ha visto relegada por ellos. Si bien el contexto histórico no es lo fundamental en esta tesis que comentaré más adelante, sí es esencial para poder comprender el ambiente de aquella época y para tener un mejor panorama de la obra que analizaré. Por tanto, dedicaré un capítulo completo para detallar ese contexto histórico.

Como ya mencioné, en la literatura chilena se ha representado a los sujetos marginales, y esos sujetos exhiben una determinada forma de concebir la comunidad a la que pertenecen, una comunidad que, en muchas ocasiones, es marginalizada por el estado. Sin embargo, existe otro tipo de comunidad que no solo es marginalizada por el Estado sino que es despreciada también por la sociedad completa. Es el resultado de la represión estatal y de sus políticas ineficientes con respecto a la sociedad civil; la violencia social y las transgresiones de las que es responsable será el resultado no deseado de un sistema que en sí es portador del germen de la delincuencia: el mundo del hampa. Según Daniel Palma, la exclusión social y las desigualdades que han acompañado al capitalismo dieron como resultado el germen de la delincuencia (9).

Los miembros de la sociedad delictual, a diferencia del resto de las comunidades, engendran una concepción totalmente distinta de sí mismos y de su manera de relacionarse como comunidad. Esta, según Palma, se encuentra estructurada “como un submundo que operó con lógicas y códigos propios, desafiando el poder de la ciudad” (Palma 199), negándose a participar en los acuerdos establecidos por la sociedad y las instituciones del estado. Este mundo estructurado en jerarquías está basado en la violencia —uno de sus ejes esenciales—, lo que se ve reflejado en su comportamiento y en la manera de relacionarse entre ellos, que es altamente agresiva, arremetiendo contra sus propios integrantes y contra al resto de la sociedad civil. Sus actitudes y acciones van en contra de la moral, la ética y las buenas costumbres, y son condenados tanto en lo social como en lo legal. Debido a esto, el mundo del hampa es una sociedad segregada y marginalizada, pero a la vez parasitaria, porque viven de las distintas transgresiones que realizan hacia cualquier individuo independiente de su estatus social y de la comunidad en la cual se desenvuelven. Tal como dice Palma al citar a la Lira Popular, “Chile estaba convertido en un país plagado de maleantes inescrupulosos, en el cual la vida no estaba segura para nadie, sobre todo por la violencia empleada por los facinerosos” (22).

Escritores como Luis Cornejo Gamboa —*Los amantes de London Park*(1960), *Barrio Bravo*(1955)—, Luis Rivano —*Esto no es el Paraíso*(1965)— y Armando Méndez Carrasco —*Juan Firula*(1948), *Chicago Chico*(1962)— abordan este tipo de mundo en sus libros. Sin embargo, en este proyecto analizaré una obra en concreto que no es de ninguno de los escritores mencionados. Más bien

es de un autor que no solo exhibió esta sociedad delictual sino que además surgió de ella y se desarrolló en su interior. Este es Alfredo Gómez Morel, un hampón chileno. Mientras se encontraba cumpliendo condena en la penitenciaría de Valparaíso escribió *El río* (1962), la primera novela de su trilogía *Mundo adentro montado en un palo de escoba*, con el incentivo del reconocido psiquiatra Claudio Naranjo, quien pudo ver en esta obra un patrón de conducta en la formación de los delincuentes (Sanhueza 42).

Su libro *El río*, de carácter al mismo tiempo ficcional y autobiográfico, narra su infancia hasta los primeros años de su vida adulta, cuando ya es aceptado completamente por los integrantes del mundo delictual. La narración en primera persona se encuentra trazada por la violencia doméstica de la madre y de algunas de sus parejas, la ausencia de su padre, los abusos de autoridad —tanto en el ámbito religioso como en el legal, específicamente de parte de los policías— y la violencia constante a que se ve sometido en su infancia —debido a personas que se aprovechan de él o de sus circunstancias, vulnerando su integridad— y en su juventud —la asociada al mundo del hampa y al río Mapocho—. Toño, uno de los tantos nombres con los que fue denominado Gómez Morel a lo largo de su vida, su nombre en la sociedad delictual, se verá obligado a huir varias veces de su progenitora hacia el río Mapocho, estableciendo así un primer contacto con los pelusas. Con cada escapada que hace se siente más atraído a esa comunidad, hasta finalmente adentrarse en sus fauces. La obra expone esa sociedad delictual gestada en las riberas del río Mapocho mientras Toño va creciendo, aprendiendo e insertándose en ella, lo que permite divisar y descubrir las particularidades de este mundo y las características que lo construyen como tal. Es una comunidad diferente a las otras comunidades que conforman la nación, y a su vez la parasitan.

Mi hipótesis de trabajo es que en *El río* de Alfredo Gómez Morel existe una sociedad alternativa altamente compleja que va en contra de lo establecido, formado y construido por las instituciones estatales y las elites del siglo XX, manteniendo una constante tensión con los sujetos que la conforman debido a sus costumbres y maneras de vivir que se encuentran basadas en la violencia física y psicológica. A lo largo de este trabajo, y para poder ahondar en mi aseveración, primero presentaré un capítulo completo sobre el contexto histórico, con la intención de dar una posible respuesta al por qué se gestó este tipo de comunidad, centrándome en describir algunos aspectos relevantes de la historia de Chile que desencadenan o permiten concluir aquello. Luego intentaré pormenorizar al mundo del hampa para, por un lado, contextualizar la obra, y por otro mostrar cómo se esta sociedad se encuentra concebida en la novela, o más bien dicho, la manera en que esta obra literaria la representa. Lo siguiente será llevar a cabo el análisis, el cual se dividirá en dos partes: los personajes y la comunidad

delictual, en donde describo exhaustivamente a ambos en base al comportamiento y reglas que advierto en la narración. Finalmente, interpretaré y evaluaré los hallazgos del análisis. Para esto, es necesario tener en consideración algunos conceptos, primero, que me permiten posicionar el universo teórico en que problematizo mi tesis.

La palabra comunidad ha sido mencionada a lo largo de este capítulo porque, además de ser uno de los términos importantes para este trabajo, es central para comprender la postulación de mi tesis. Anteriormente comenté que estos sujetos literarios representan a una comunidad específica, la cual casi siempre está marginalizada. Para entender mejor el uso de esta terminología, hay que recordar lo que decía Benedict Anderson con respecto al concepto de nación, quien expresa que esta es “una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana” (23). A partir de allí, describe los conceptos de *comunidad*, *imaginada*, *limitada* y *soberana*. Para efectos de esta investigación solo me interesan los dos primeros, ya que componen el eje conceptual central de mi tesis. Anderson, refiriéndose al término *comunidad*, explica que se trata de la forma en que los seres humanos, independiente de las clases sociales y de la desigualdad que prevalecen en ellas, experimentan la nación como un compañerismo profundo y horizontal (Anderson 25). Es *imaginada* debido a que los integrantes de la nación posiblemente nunca se conocerán o tendrán contacto cara a cara entre ellos, pero “en la imagen de cada uno vive la imagen de su comunión” (Anderson 23). Desde mi perspectiva, y en relación con la hipótesis que propongo, también tomaré en cuenta que la comunidad imaginada es, precisamente, imaginada por un grupo de personas, quienes tienen una visión determinada de ella, la cual difiere de un individuo a otro y de una comunidad intranacional a otra.

El caso de la literatura no es distinto. Los textos representan la comunidad nacional y a las comunidades que componen la nación desde el lugar en el que son producidos, y lo mismo pasa con Gómez Morel, quien representa a la comunidad nacional y desde la perspectiva de la sociedad delictual a la que pertenece y que también queda representada en *El río*. Utilizaré la noción de comunidad imaginada partiendo del supuesto de que en toda nación existe una serie heterogénea de distintas comunidades que la componen, las cuales imaginan la totalidad nacional de distintas formas desde sus propias reglas y costumbres. Emplearé la idea de comunidad imaginada para evidenciar y desarrollar la propuesta de que en *El río* de Alfredo Gómez Morel se representa, al mismo tiempo, a la nación y a una sociedad alternativa caracterizada por su segregación y separación de los miembros que conforman la nación, y propondré que hay una tensión permanente entre los miembros de ambas comunidades imaginadas, cuyo límite se encuentra establecido en la línea que separa el río Mapocho y la ciudad.

Otro de los conceptos teóricos que tendré en consideración es el de *ficción autobiográfica*. Para comprenderlo, primero hay que explicar y comprender la definición de autobiografía desarrollada por Philippe Lejeune, quien expresa que esta es un “relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad” (48). Posterior a esto, el autor especifica que en una autobiografía se produce el pacto autobiográfico, el cual se reduce y condensa en la identificación del nombre propio del autor —quien crea la obra— con el del narrador y el personaje (52). La novela autobiográfica implica un desplazamiento desde la autobiografía: aunque sabemos que el personaje puede identificarse con el autor, se realiza una distinción entre el autor y “el nombre atribuido a una persona ficticia *dentro* del libro...pues esta persona es designada como ficticia por el simple hecho de que es incapaz de ser el autor del libro” (52). Las novelas autobiográficas se definen como “los textos de ficción en los cuales el lector puede tener razones para sospechar, a partir de parecidos que cree percibir, que se da una identidad entre el autor y el personaje, mientras que el autor ha preferido negar esa identidad o, al menos, no afirmarla” (52). *El río* podría haber sido una autobiografía, sin embargo, no cumple con el pacto autobiográfico sino que más bien con un pacto novelesco. En la narración el propio protagonista —si tenemos en consideración lo expuesto por Philippe Lejeune— va cambiando de nombre, y en el caso de la novela, Toño es el nombre con el que más tiempo se queda, nombre con el cual se identifica dentro de la comunidad delictual gestada en el interior del río Mapocho. De ahí el por qué, a pesar de que esta obra describa la historia de Gómez Morel, para efectos de este análisis solo será considerada en su aspecto literario y no como un documento histórico. No es de mi interés establecer una tesis sociológica sobre el cómo funcionaba en los primeros años del siglo XX el mundo del hampa.

El último concepto que tendré en consideración para el análisis de mi tesis es el de la novela de formación o de aprendizaje, cuyo término deriva de la palabra alemana *bildungsroman*. Según Lukács, este tipo de concepto empezó a ser utilizado —y asociado a ciertos tipos de novelas— a partir del siglo XVIII, con la publicación de *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister* de Goethe. Estas obras y las novelas posteriores se caracterizan por la formación de la personalidad del protagonista, la cual será determinada por ciertas condiciones que permiten la reconciliación entre la interioridad de este sujeto y su entorno, algo que solo se consigue mediante el viaje o aventura que experimenta el personaje a lo largo de la historia (132). Este tipo de novelas —aún analizando la obra de Goethe, otorgándole el nombre de novela pedagógica— tiene por objetivo “el desarrollo de ciertas cualidades en el hombre que nunca florecerían de no mediarla intervención de otros hombres y circunstancias; mientras que el objetivo así alcanzado es en sí mismo formativo y alentador para otros” (Lukács 135). Una definición

más actual es la de Manuel López Gallego, quien la define como un tipo de novela donde se muestra el “desarrollo físico, psicológico, moral o social de un personaje generalmente desde la infancia hasta la madurez” (63). Sin embargo, las clásicas novelas de formación alemanas pueden ofrecer variantes en algunos textos chilenos: en las novelas de formación de Manuel Rojas, por ejemplo, se “pone el ojo en los sectores subalternos de la sociedad...un sector más acotado de la sub-alternidad o del bajo pueblo: el de la marginalidad de aquellos que están o a quienes las circunstancias han puesto fuera de la ley” (Rojas 5), es decir, tratan sobre sujetos que se encuentran en una constante tensión con su entorno

Teniendo en cuenta esta perspectiva de la novela de formación en nuestra nación, consideraré a *El río* como una novela de aprendizaje donde el desarrollo psicológico, social y emocional del protagonista se encuentra ligado a un entorno delictual y marginal, el cual en vez de ofrecerle un espacio de progreso, es decir, de desarrollo y crecimiento personal, le ofrece una especie de decrecimiento valórico y moral a ojos de la sociedad, aunque dentro de ese mundo sea otra manera de formación en concordancia con sus reglas internas y su estatus definido.

Capítulo III: Contexto histórico sobre marginalidad y mundo del hampa

Tal como mencioné en el capítulo anterior, el contexto histórico es importante para el análisis de mi tesis. No solo porque sitúa en un determinado espacio y tiempo la narración de *El río*, sino que además porque me permite posicionarme en una lectura de clase respecto al mundo delictual. Se trata de un grupo social que forma parte de la nación, pero que a su vez se segrega de ella por el tipo de conducta y los códigos éticos que promueve. Además, me permite exponer cómo funciona el hampa con sus reglas y roles, mostrando una sociedad que es alternativa y que tiene una historia que se remonta a los inicios del país. Plantearé ciertos aspectos importantes de la historia de Chile vinculados a los cambios sociales y al modo en que ellos incidieron a lo largo del tiempo en la formación delictual de la primera parte del siglo XX.

Como ya mencioné, una comunidad imaginada puede ser pensada de modos diversos por distintos sujetos, pero en algunas ocasiones la forma de percibirla coincide casi por completo con las concepciones que otros individuos tienen sobre su propia existencia. De esta forma se produce un imaginario social, no solo basado en cómo imaginan su existencia, sino que también mediante “el tipo de relaciones que mantienen unas con otras, el tipo de cosas que ocurre entre ellas, las expectativas que se cumplen habitualmente y las imágenes e ideas normativas más profundas que subyacen a estas expectativas” (Taylor 37).

Durante el siglo XIX y gran parte del XX, la sociedad chilena fue muy diversa en sus diferentes clases sociales, siendo una de ellas la oligarquía. Sin embargo, quienes articularon su propia concepción de la nación y comunidad de manera hegemónica y utilizando la letra para hacerlo no fueron las variadas mayorías existentes a lo largo del territorio nacional, sino más bien la minoría de las elites, lo cual se mantuvo durante todo el siglo XIX. Si bien esto no pareciera tener una relación directa con el mundo del hampa, debo explicar el rol predominante de la oligarquía en el siglo ya mencionado, porque esta era la única clase que en esa época podía y tenía la posibilidad de ejercer deberes y derechos ciudadanos —participar en las decisiones ciudadanas, hacer políticas que dirijan el destino de la nación, etc. — así como dirigir el país.

Este poder de la oligarquía se remite desde un poco antes de las independencias de Latinoamérica, marcada por el contexto de las guerras napoleónicas que estaban sucediendo en España con el fin de expulsar a los franceses del Imperio y liberar al Rey. Mientras en Europa se llevaba a cabo una guerra, Chile pudo comercializar con diversos estados, lo cual hizo que crecieran las ansias de expandir sus mercados —y terminar el monopolio exclusivo de España— impulsado por los grandes mercaderes, quienes formaban parte de las elites de la entonces colonia. Cuando la situación de España se

estabilizó, esto a la Corona no le gustó, e intentó suprimir estos avances de los oligarcas, los cuales también reaccionaron, incitando el proyecto independentista. Posteriormente, y después de haber ganado la guerra de independencia, las elites mercantiles se asociaron económicamente con los ingleses, norteamericanos y franceses, al advertir y reconocer que no podrían dominar el Pacífico solos (Salazar y Pinto 33). De ahí que, desde los cimientos de la nación, este estrato social acapara las esferas de poder político y estatal. Ve al Estado y a sus distintos organismos como una herramienta mercantil útil y a su disposición, lo construye a su conveniencia y hace uso de los puestos estatales —que determinan el destino de las personas— con la intención primaria de mantener sus intereses comerciales y aumentar sus bienes privados, sin tener en consideración los derechos y deberes cívicos de todos, construyendo una democracia a conveniencia de las minorías ricas del país. Impusieron un determinado tipo de orden y concepción de estado que solo terminó por segregar y reprimir al resto de clases sociales.

La oligarquía construyó un Estado a la fuerza, imponiéndose de manera autoritaria por sobre el resto de la población, implementando una serie de políticas favorable solo para ellos y las cuales en su mayoría reprimían, limitaban y quitaban los derechos a la mayoría, mostrando un desinterés completo por establecer una democracia basada en la legitimidad. Por esto es que la expresión de Salazar y Pinto: “La violencia fue, pues, la partera de la que surgió la primera coyuntura constituyente” (34) es una expresión acertada para describir los comienzos de Chile. La oligarquía, apoyada por las Fuerzas Armadas, construyeron a mi juicio un Estado unilateral, y el resto de las clases sociales que compondrán la nación no fueron capaces de dimensionar lo ocurrido por, precisamente, la ignorancia y desprotección a las que se han visto expuestas por el sistema jerárquico de la época, sin tener los recursos ni habilidades necesarias para poder hacerse escuchar.

La forma de gobernanza establecida por esta oligarquía (en concomitancia con los intereses mercantiles ingleses, primero, y estadounidenses después) se estableció como un ‘espacio público’ de debate y legitimación en vez un espacio cívico, donde las masas pudiesen participar (Salazar y Pinto 35). Se negó la ciudadanía formal a la gran mayoría de la población y se la subordinó a los intereses productivos mercantiles de las elites, lo cual hacía que las condiciones de vida solo mejoraran para ellos. Sin embargo, “ni el Estado ni los extranjeros fueron eficientes en resolver las necesidades extremas en que se halló la ‘baja’ sociedad civil. La legitimidad, allí abajo, se revolvió como en una tumba: era la “libertad (mayoritaria) del desorden”, bajo la “libertad (minoritaria) del orden” (Salazar y Pinto 36). Con el tiempo se generó una crisis en distintos sectores sociales, exceptuando la oligarquía,

lo que evidencia la completa desconexión que había de parte de los estratos altos hacia el resto de la población.

Prueba de ello es la serie de alzamientos ocurridos entre 1830 y 1891, cuyos motivos fueron variando con el tiempo. No creo necesario describir cada una de ellos ni hacer un trazado cronológico del cambio que operó en este periodo en las clases sociales ni mucho menos los distintos bandos o coaliciones políticas que ocurrieron en el proceso. Solo creo necesario mencionar que cada una de estas sublevaciones fueron reprimidas por las Fuerzas Armadas (Salazar y Pinto 37), lo cual deja en evidencia la estrecha y fuerte relación entre estas y la oligarquía, pues tienen intereses comunes sin ser de índole económico. La tensión llega a su punto máximo con la crisis de 1891, la cual terminó por desestabilizar la hegemonía de las elites, cuya disputa enfrentó dos bandos distintos de este estrato social en pugna por hacerse con el poder del Estado y seguir utilizándolo como una herramienta necesaria para sus negocios.

De ahí en adelante, el Estado agonizó e intentó mantener su hegemonía política por 30 años aproximadamente, hasta 1925 (Salazar y Pinto 47). Durante ese período distintos sectores de las clases medias acapararon paulatinamente algunas funciones políticas estatales. Ocuparon cargos públicos importantes y lograron salir de esta marginalización impuesta por las elites oligárquicas a inicios del siglo XIX, haciendo que quienes conformaban la vieja oligarquía parlamentaria se relegaran de los poderes del Estado. En este proceso los oligarcas con puestos estatales hicieron una especie de apadrinamiento de estos sectores medios que se estaban incorporando a la política nacional; sin embargo, con el tiempo adoptaron una militancia anti-oligarca sumándose al resto de la población que pedía cambios (Salazar y Pinto 84), lo cual hizo posible que la clase alta ya no tuviera el control total del Estado. En este sentido, concuerdo con lo expresado por Armando de Ramón en cuanto a que entre los años 1938 y 1973 pareciera haber existido una verdadera república con participación popular, precisando que “estuvo más cerca de la definición clásica de ‘república’, es decir, la forma de gobierno de los pueblos emanada de la plena participación popular” (119). Hubo, en efecto, una mayor representación y participación social, incluso consiguieron derechos para un espectro más amplio de la población —ejemplo de ello, el voto femenino—. Sin embargo, a pesar de haberse conseguido una gran cantidad de cambios y beneficios para la sociedad, en paralelo aquellos sectores más vulnerables y marginales no solo se vieron más apartados socialmente, sino que además, su entorno ya deteriorado decayó a condiciones aún más paupérrimas, sumándose un explosivo crecimiento de esta población. A mi juicio, hay una serie de factores que potenciaron esta situación, entre los cuales se encuentran la urbanización, la crisis económica de 1930 y las políticas del gobierno.

El primero de ellos, la urbanización, comenzó a finales del siglo XIX y se mantuvo a lo largo del XX, caracterizándose por un crecimiento demográfico no uniforme, sin un patrón definido de expansión —en definitiva, desordenado—. Se formaron nuevas comunas en Santiago, con viviendas planeadas como una respuesta a los altos arriendos a los que se veía sometida la clase media. Muchas familias no solo pudieron alquilar un lugar donde vivir sino que, con el pasar del siglo XX, poco a poco lograron adquirir una casa, algo casi impensado para la época. No obstante, muy pronto la demanda de estas viviendas atrajo a otros grupos sociales, como los sectores bajos, y debido a la creciente relevancia económica y política de la capital de Chile —junto a la crisis de 1930—, se generó una masiva migración desde otras regiones en búsqueda de mejores oportunidades de vida y trabajo. Como señala Armando de Ramón: se “habría generado una fuerte migración hacia Santiago, instalando en su área urbana numerosos contingentes de nuevos habitantes tanto de clase media como de clase baja” (214). Este proceso, que decreció a partir de la década de los 60, agravó la paupérrima condición de los sectores más vulnerables, pues por un lado no se tenía contemplada la alta demanda poblacional y, por el otro, si ya había un problema por los conventillos en Santiago, ahora se sumaba el de las viviendas construidas por las propias personas en improvisadas habitaciones que fueron llamadas *callampas* (Armando de Ramón 241): “sufrían los mismos problemas derivados de insuficiente o inexistente urbanización (pavimentación, agua, luz, alcantarillado), escaso o nulo equipamiento comercial, educacional, de salud y recreación” (242).

La crisis de 1930 fue uno de los factores que impulsó la migración del mundo rural a la urbe, ya que la crisis económica mundial afectó enormemente a Chile, lo que causó una importante cantidad de desempleo en el territorio nacional, lo cual vino de la mano del alza de precios, la hambruna en las clases más bajas y el incremento de la pobreza. La migración por motivos de trabajo y en búsqueda de mejores de condiciones de vida creció en comparación a los años anteriores. Santiago, como se mencionó, no estaba preparado para la masiva llegada de gente; ni siquiera existía la infraestructura y los espacios necesarios para recibir ese flujo migratorio, lo que implicó, por parte de la autoridad, una distribución de estas personas en los barrios pobres de la ciudad (Armando de Ramón 214), sumándose a la ya problemática situación de los conventillos y viviendas *callampas*.

Otro de los factores decisivos, y que en mi opinión es esencial, fueron las políticas que implementaron los gobiernos de turno, pues muchas de estas fueron ineficientes. Desde mi perspectiva, este factor engloba a los dos mencionados con anterioridad, un juicio que emito apoyándome en la postura de Armando de Ramón. Frente a desafíos como lo fueron la urbanización o la crisis económica de 1930, el Estado o no tuvo las competencias necesarias para llevar a cabo sus resoluciones —es decir,

generaron una resolución incorrecta o poco favorable debido al desconocimiento del problema o por no dimensionar los alcances de este— o simplemente tomaron cursos de acción que no los perjudicaran directamente a ellos —al estilo de vida que llevaban aquellos ligados a las esferas del poder estatal, su organismo y la oligarquía—, generándose soluciones ineficientes y desfavorables para la población. Fue el caso de los conventillos, una especie de negocio arrendatario que explora la sobrepoblación y que ocasiona una mayor desprotección e inseguridad en las clases bajas. Es, en definitiva, una especie de respuesta parche que solo se agranda con el tiempo y que no fue solucionada con la debida rapidez. De esta manera, la pobreza y la vulnerabilidad solo se acrecentaron y, con ella, la forma en que la comunidad delictual se estaba gestando, principalmente entre la niñez.

El mundo del hampa es vasto y ha ido cambiando de la misma manera y en paralelo con la sociedad chilena, estratificándose y complejizándose con el tiempo. Según el historiador Daniel Palma, ha existido poco interés por investigar este mundo delictual (11). A pesar de la existencia de documentos y archivos que denotan los niveles de criminalidad y su comportamiento a lo largo de la historia de Chile —en el ámbito policial y judicial—, no se llevó a cabo ninguna investigación exhaustiva sobre la conformación de esta sociedad ni mucho menos sobre sus características y formas de relacionarse, aun cuando ha ido mutando y agravándose a lo largo de la historia. En su libro este autor trata de describir la historia del robo en Chile, por lo cual representa el mayor referente en cuanto a las particularidades del mundo delictual. Entre estas se encuentra que los hampones comienzan su actividad delictual en la niñez, apadrinados por un ladrón con mayor experiencia en el rubro. También menciona la importancia del apodo para poder identificar a los delincuentes y su especialidad en la sociedad delictual (215); o la lealtad entre los hampones para proteger a sus compañeros en diferentes situaciones, produciéndoles un profundo odio y repudio la traición de algunos de sus miembros (217). Incluso la jerarquización altamente estratificada “en concordancia con una rigurosa división del trabajo” (220).

Señala Palma que “[l]a ‘cuestión social’ que remite a los desajustes y desarraigos que implicó la larga transición al capitalismo y también a las nuevas expresiones y nombres para designar a la pobreza, puso al descubierto el creciente abismo social en Chile” (14). Posteriormente explica cómo el asentamiento de este sistema solo generó más desplazamiento y pobreza, algo que ya venía explicando en los párrafos anteriores con la oligarquía y su rol predominante en los poderes estatales. Es uno de los principales detonantes de la creación de este grupo social como comunidad: la delincuencia ha existido desde siempre, solo que con el pasar del tiempo a estos actos violentos se les otorgó un nombre y se les agrupó bajo esa denominación. El surgimiento del hampa vendría siendo una resistencia o autodefensa de los desplazados, según Tomás Moulian (15). A mi juicio, los factores socio-históricos relacionados

con el surgimiento de la clase alta y su relación parasitaria con el poder, así como la posterior incursión de la clase media en esta esfera, son factores claves en la marginalización y surgimiento de esta sociedad alternativa, así como las decisiones ineficientes que se tomaron ante una encrucijada histórica que no lograron ver, no pudieron entender, o no quisieron resolver porque no querían ver mermado su propio bienestar.

Capítulo IV: Un análisis de *El río* a través de personajes y entes

Todas las sociedades marginan a ciertos sujetos que no logran adaptarse a aquellos patrones de conductas y reglas sociales aceptadas, así como al estilo de ‘vida normal’, impuesto por las instituciones estatales. Y la sociedad delictual no está exenta de esto. Como expliqué en el capítulo anterior, debido a que los hampones agreden al resto de individuos que forman parte de la nación, son excluidos y repudiados por parte de los ciudadanos y las administraciones que se relacionan y comunican con ellos. Llegan a ser tratados sin un ápice de dignidad humana, y se los somete en ocasiones a peores actos de violencia de los que ellos mismos ejercen. Sin embargo, en su desplazamiento, ellos también se han organizado y creado una comunidad propia con leyes y reglas distintas a las de la sociedad institucionalizada que todos los integrantes de la nación acatan, estableciendo una manera totalmente opuesta de relacionarse y altamente compleja en su simplicidad.

El río de Alfredo Gómez Morel representa precisamente este tipo de sociedad mediante su novela autobiográfica, narrando los primeros años de su infancia hasta que se consolida como un reconocido y admirado hampón entre sus pares. Pasando por diversos nombres a lo largo de la obra y solo mantiene el de Toño, nombre que le fue dado en el mundo delictual. El libro se divide en dos instancias narrativas distintas: la primera abarca la infancia de Toño mientras vivía con su madre, la segunda está centrada en el mundo del hampa y comienza en el momento en que decide irse al río Mapocho junto a los pelusas. Es en esta segunda parte de la historia —que comprende la mayor cantidad del contenido escritural— se contempla con profundidad el mundo del hampa, su funcionamiento y el modo en que se desenvuelven como una alegoría de nación. Ello se aprecia en una serie de personajes que aparecen en la novela —representando a un determinado grupo o a ciertos prototipos de actantes dentro de la comunidad imaginada de *El río*—, y en los códigos y comportamientos reflejados por estos mismos.

La narración se caracteriza por presentarse en primera persona, y el relato está repleto de descripciones de los distintos grupos de la comunidad delictual y de las reglas tácitas de los hampones. A través del relato en primera persona de Toño, Gómez Morel deja en evidencia un estilo de vida y una manera de concebir la comunidad basada en la violencia y una extraña forma de llevar a cabo la lealtad. Muestra también dos instituciones estatales, el reformatorio y la cárcel, en las que estos se desenvuelven, y la jerarquía imperante entre ellos, que podría ser comparada a los estratos sociales en las épocas monárquicas, pero con una conformación diferente al basarse en la misma contradicción de algunas de sus leyes. De acuerdo a esto, hice un análisis basándome en aquellos grupos de personajes

que representan a la comunidad delictual —a su vez iré indicando los códigos y comportamientos presentes dentro de estos— y además mencionaré a los entes estatales de vital importancia para la sociedad delictual.

Antes de comenzar el análisis, quiero señalar que la comunidad imaginada de *El río* la divido en dos categorías: la primera está constituida por aquellos grupos que forman la parte de la sociedad delictual desde la perspectiva de Toño —teniendo en consideración que Toño se relaciona con aquella agrupación correspondiente al mundo del hampa—; ya la segunda, por quienes no pertenecen a esta, es decir, constituyen a ciertos grupos que son marginalizados y despreciados por la sociedad delictual. Cabe señalar que ambas divisiones conforman esta visión del mundo del hampa, pero que, como en toda sociedad, siempre hay quienes son aislados por no cumplir con los parámetros sociales establecidos, como lo son en este caso las agrupaciones que he clasificado como los que no forman parte, correspondiente a lo narrado en la novela.

Además, a partir de ahora me referiré al narrador y protagonista de la novela, en la mayoría de las ocasiones, como Toño en vez de Gómez Morel, para así distanciarme del hecho de que, aunque esta sea una novela autobiográfica, tiene ciertas características que la acercan a una autobiografía. Quiero centrarme en cómo se expresa la alegoría de la nación construida de manera literaria en esta historia, y solo lo consigo si me centro en el protagonista de la historia como sujeto literario y no como una persona real.

Por último, quiero hacer dos salvedades a tener en consideración al momento de leer este análisis. La primera es que existe una analogía metafórica importante con respecto a la palabra “río”, utilizada por Gómez Morel para asociar y denominar a la sociedad delictual, a sus integrantes y reglas, otorgándole un estatus superior. El río es quien vela que se cumpla las leyes y el que protege a todos los hampones, convirtiéndose en el sitio al cual retornar. Por ello, cuando use cualquier expresión que esté asociada a este término, haré referencia al mundo de los hampones. Profundizaré en una explicación social y psicológica de esta palabra —y la manera en que es empleada por Morel— en el capítulo siguiente, ya que su uso está estrechamente relacionado con la temática de la “guerra a la ciudad”.

Cabros del río

Una de las características principales de la sociedad alternativa del río es su jerarquización. Cada uno de los integrantes está sometido a rigurosas reglas que son la base de la manera de relacionarse los unos con los otros. Mauricio Gómez explica que “...se estructura en una jerarquía

autoritaria en la cual los rangos que ocupa cada uno de sus integrantes constituyen una verdadera pirámide. La delincuencia se percibe como una carrera profesional que se completa por medio de fases de aprendizaje y adiestramiento en las técnicas del robo.” (67). Y en estos rangos estrictamente estratificados el escaño más bajo corresponde a los “Cabros del río”, término utilizado por primera vez cuando Toño realiza una descripción de cómo funcionan los estratos sociales entre los delincuentes que parte con los “pelusas” —a quienes catalogo como los que entran al río pero que no forman parte de la comunidad, porque no han hecho mérito como los Cabros del río— seguido por los “cabros del río”, “cargador” —el ayudante del ladrón en sus robos— y finalmente “choro” o ladrón:

Para llegar a él se necesitan unos tres años de permanencia en el río, y demostrar que se posee iniciativa, decisión y otras capacidades...De "Cabro del Río" se asciende a "Cargador", ayudante del ladrón. Uno carga con el producto de los robos y si lo sorprenden tiene que soportar los golpes sin delatar al compañero. Quien subió este escalón, ya puede entrar a la rueda de choros; su voz y opinión son tomadas en cuenta cuando se prepara un delito, pero no decide; es, simplemente, un observador. La decisión corre por cuenta de los verdaderos choros. Sólo cuando ya se pasó por las etapas de "pelusa", "cabro del río" y "cargador" se puede optar al "grado" de choro (Gómez Morel 172).

En la cita se puede ver claramente una descripción concisa de la jerarquía en el mundo del hampa, cuyos roles se encuentran definidos en esta comunidad delictual, y mientras más años de permanencia se tenga, así como más actos criminales se haya cometido —dependiendo de qué tan grandes o relevantes hayan sido en el tiempo—, más prestigio de rango se tendrá en ese mundo.

Acuña la expresión “Cabros de río”, constantemente utilizada a lo largo del relato de Toño, para catalogar a todos aquellos que han sido admitidos e integrados dentro de la comunidad del río. Son los que, después de haber vagado por la ciudad, fueron conducidos hacia las riberas del río Mapocho y permanecieron con ellos durante tres años, demostrando sus capacidades delictuales y de escapatoria —es decir, qué tan buenos eran eludiendo a los oficiales—, adaptándose en su totalidad a las leyes, costumbres y estilo de vida delictual. Un personaje que ejemplifica esto es Panchín quien Toño, en el mismo párrafo citado, encasilla como Cabro del río, un escalón superior. Sin embargo, a mi juicio, es el primer piso de la jerarquía entre los ladrones, la más baja, porque teniendo en consideración la manera en que Toño construye y relata el mundo del hampa, un Cabro del río representaría los niños pequeños, los infantes o novatos que poco saben del mundo y que en las leyes delictuales, no forman

completamente parte de esta comunidad imaginada, lo cual solo se consigue cuando adquieren el grado de Choro, porque allí se desenvuelve de manera más cruda sus relaciones sociales y con mayor violencia.

Según Daniel Palma, el hurto era lo primero en presentarse en aquellos niños y jóvenes “que padecían el abandono familiar y mataban el tiempo en las calles. Allí muchos se iniciaban en el oficio del ladrón, al alero de los consejos que recibían de los rateros experimentados, cuyas vidas pasaban a ser el punto de referencia obligado para los aprendices” (144). A partir de esta cita y del relato de Toño se desprenden dos características centrales de los “pelusas” y los Cabros del río, los cuales categorizo como códigos de costumbres y conductas delictuales: por un lado, muestra que todo pelusa tiene un maestro, título correspondiente al Cabro del río. El mejor ejemplo de esto es la relación entre Toño y Panchín:

A los pocos días de haber formado nuestra sociedad, Panchín empezó a enseñarme métodos de lucha...Al oírme hablar de algunos muchachos que yo conocía no tuvo recelo en recibirme y enseñarme lo que sabía. Naturalmente que no fue totalmente correcto su proceder porque él debiera haber pedido autorización a sus líderes para recibirme y subirme al rango de compañero, pero como los guardadores de la ley del hampa estaban en el reformatorio y él quería ser también "maestro", desconoció ese principio fluvial de... "Al río no entra cualquiera".

Yo le debía obediencia, primero por mi experiencia y luego en homenaje a su antigüedad: llevaba ya siete años en el río. (Gómez Morel 131)

En este caso, Panchín se convierte en el maestro de Toño y le enseña a delinquir, práctica totalmente verosímiles de acuerdo a lo señalado por Daniel Palma, enseñándole cómo comportarse e integrándolo a esta comunidad con su adiestramiento y compañerismo. No obstante, de esta misma cita se desprende otra de esas leyes y códigos característicos del hampa: no cualquiera puede entrar. “La jerarquía impone ciertos procedimientos y distinciones que deben ser respetados y seguidos irrestrictamente de acuerdo a los protocolos y sistemas que limitan y fiscalizan el comportamiento delincencial” (Gómez 67), y esto también implica para su comportamiento y leyes. Su visión de mundo es tan estrecha que dificulta la entrada de cualquier persona a ese círculo social. Esto se ve reflejado en las reiteradas incursiones realizadas por el narrador en su niñez al río Mapocho. El Toño se ve bamboleando entre la ciudad y el río —al tirarles dinero de sus robos hacia el Río Mapocho—, y duda al pensar en bajar de manera definitiva. Ello solo genera desconfianza en los Cabros del río

cuando baja por segunda vez; lo rechazan una vez que el dinero que trajo consigo se acaba: “—Es que este cauro no es del río, no traaja con nootros, viene a veces pa'acá, ¿y porque trae guita vamos a aguantal que también viva con nootros? No, compaire: ésa no es la ley” (Gómez Morel 123). Esta característica se refuerza cuando llega el momento del juicio a Panchín y Toño, al primero por tomar al segundo bajo su tutela sin el consentimiento de los demás, sin haberlo consultado antes con sus superiores, mientras están en el reformatorio, y al segundo por el solo hecho de estar allí: “Eso no es prueba. Cualquiera roa. ¿Pero vos sabís si será capaz pa'guantal la biaba en la pesca?...Aemás: yo tús que estal cerca de tres años ulmiendo al lao del tajamal y en recién 'espués ustees me ejaronvivil en el río. Po'aí tiene que empezal...” (140). Sus palabras concuerdan con la descripción realizada por Toño en cuanto a que los Cabros del río necesitan por lo menos tres años de permanencia antes de siquiera pensar en convertirse en uno de ellos, y esto lo ejemplifica el “juez” con su propia experiencia.

Por otro lado —retomando la segunda característica que se desprende de la cita de Palma— la novela muestra la vida trágica y miserable que tiene la mayoría de los jóvenes que van a parar a las riberas del río Mapocho, concibiéndose una forma compleja y contradictoria de lealtad que tiene distintas caras según la situación. Para ejemplificarla seguiré relatando el caso de Toño y Panchín, pues luego de esta conversación y juicio, el dictamen es su expulsión. Ante una última conversación con el “juez” —contándole parte de su historia de vida— se aprecian unos momento claves de camaradería y compasión: “—Caurito: parece que habís sío como toos nootros. Toos empezamos así. Te vai a queal con nootros, pero no creai que pol eso vai a sei como nootros. Tiene que pasal mucho tiempo toavía. Te 'ejamos polque paretis un desamparao.” (143). De esta manera, si bien hay dudas en cuanto a aceptarlo según sus propias leyes y códigos, también se lo reconoce como un igual por el solo hecho de pasar y vivir situaciones similares al abandono y abuso familiar. Comparten un pasado común de miseria, que en la primera mitad del siglo XX se condice con la enorme cantidad de niños que rondaban por las calles santiaguinas pues, como dice Palma, citando a Tomás Moulian, “la delincuencia...aparece como un camino de autodefensa de los desplazados sin fortuna o como la forma de hacer dinero fácil de emergentes obsesionados por las nuevas pautas de éxito” (15).

Esta misma línea se refuerza con el historial de vida relatado por Toño. Ha sido violentado por su madre, vapuleado en reiteradas y distintas ocasiones, la mayoría de ellas cuando no cumplía con las expectativas de la mujer; ha sido abusado por los curas y su existencia ha sido negada por el padre. Este estilo de vida, en el que solo recibe golpes y es vulnerado, se mantiene hasta que baja definitivamente

al río Mapocho.¹ El mismo narrador confirma los constantes abusos que sufre por parte de su madre al decir que “...por debajito de la mesa estiró el pie para darme la primera de muchas patadas que debería recibir en mi vida.” (Gómez Morel 54), haciendo hincapié en que las patadas eran una conducta agresiva hacia él. O cuando le grita “—Huacho de porquería. Eres un imbécil. ¿No podías quedarte callado después de haber encontrado ese dinero?” (41), por haber devuelto a su dueño legítimo el dinero que encontró en la calle.

La historia de Panchín sirve como otra muestra—y por cierto la segunda— de una vida miserable:

Panchín había quedado solo frente a la vida cuando tenía nueve años. Lo abandonó su madre por seguir tras un amante. Lo dejó en la pieza de un hotel, como quien tira un paquete de ropa sucia...vagó...por las calles de la ciudad y al atardecer tomó rumbo hacia el lugar que recoge a los desamparados de todas las ciudades del mundo: el río (130).

A pesar de que la historia carece de personajes relevantes y estables —quiero decir, que aparezcan de principio a fin en la historia, con un hilo conductor lógico de su desarrollo, a excepción del narrador—, puedo demostrar precisamente la existencia de este estrato social no solo por lo relatado en cuanto a la jerarquía imperante en el mundo del río, sino que también por la forma en que Toño resalta un sentido de comunidad en el que todos comparten sentimientos y pensamientos en común: “Nos desquitábamos de la ciudad, mentalmente; injuriábamos e insultábamos al puente...Como lobos lanzábamos aullidos interiores, llenos de odio y melancolía; nuestros corazones de niños, poco a poco, iban asimilándose al mundo del delito” (149). Las emociones y pensamientos de los hampones, como se ve en la cita, hacen referencia al odio que sienten contra la ciudad. Esta expresión se repite a lo largo del relato, generalmente aludiendo a un nosotros —a un colectivo—, lo cual se evidencia en la constante guerra hacia la ciudad de parte de los delincuentes, una temática recurrente en la obra y la cual explayaré en el capítulo siguiente.

Para concluir, con todas estas citas quiero expresar que la mayoría de los hampones proviene de un entorno en donde se les violentó sistemáticamente, e incluso fueron abandonados en algunos casos, como lo fue Panchín. Y, sin embargo, a todos los une esta extraña camaradería nacida desde la miseria, tal como se presentó en juicio realizado a Toño y Panchín, cuyo juez señala que también estuvo en un orfelinato, “(Igualito que yo)” (142). Sus palabras producen un paralelo entre su historia de vida y la

¹En la primera parte de *El río* Toño desciende al río Mapocho dos veces antes de que, en su tercera bajada, se adentre definitivamente en el mundo delictual.

del protagonista. Se produce una especie de simpatía que hace eco en el personaje y en los demás Cabros del río, lo cual incide en dejar que Toño permanezca en el río “Todos los chicos se me acercaron. Varios me pusieron la mano sobre el hombro” (143). Aceptación que se produjo porque, en palabras del juez, parecía un desamparado, demostrando que cuando van a buscar refugio en el mundo delictual, acoges los ideales de estos, tienes un pasado miserable y muestras interés por ser parte de la comunidad delictual, te pueden llegar a permitir la entrada. Pero conseguir su lugar en la comunidad solo se produce a base de esfuerzo y un par de años en “guerra” contra la ciudad —es decir, delinquendo—.

Choros

En la comunidad delictual el escalón más alto corresponde al Choro, aquel ladrón que consiguió grandes logros en su lucha contra la ciudad. Son venerados y respetados, y no cualquiera puede delinquir con ellos. Vendrían siendo la aristocracia del hampa, los delincuentes de oficio con un amplio prontuario policial que, a diferencia de los Cabros del río, abarcan una mayor cantidad de delitos tales como el robo en lugar habitado. Esto último queda en evidencia cuando Toño participa de uno de ellos, interpretando que para poder delinquir junto a un Choro ha adquirido el rango de “Cargador”. En *El río*, los Choros más recurrentes son el Zanahoria, el Ñato Tamayo, el Gitano y, como mención honrosa, el Cojo. Los demás son solo mencionados por nombres y tienen una interacción escasa en la historia.²

Una de las características que se puede apreciar en ellos es que el respeto de un Choro a otro no es el mismo dependiendo de sus edades y de si cambiaron o no de rubro. En la novela queda ejemplificado cuando Toño, junto al Zanahoria y el resto de los Cabros del río, va a un lenocinio para dejar allí a Mayita, una prostituta que pidió ayuda al río para poder seguir prostituyéndose, pues estaba perdiendo mucho terreno de trabajo al no tener un protector o lacho. El Choro no encuentra mejor opción que dejarla en el lenocinio, y luego de cumplir con su promesa se divierte y bebe junto a las prostitutas. En ese momento aparece el esposo de la cabrona —aquella que se encarga de las prostitutas en el lenocinio—, un delincuente retirado, y le hace unas preguntas al Zanahoria, las cuales no responde:

El Zanahoria no le contestó, como convenía también al rango que tenía. Un hampón en ejercicio vale más que uno retirado y puede permitirse el lujo de dejar preguntas sin responder: es

²Teniendo en consideración que, a pesar de ser una novela autobiográfica, *El río* también tiene carácter de autobiografía, lo cual significa que los típicos desarrollos de personajes literarios y de la trama no son aplicables en la misma, porque los mismos personajes no son constantes en la vida de Toño y solo menciona aquellos que tuvieron una relevancia significativa en su vida.

costumbre que nace del sentido de las jerarquías. Él sabía de estas cosas, de modo que no dio importancia al mutismo del pelirrojo (167).

Tal como dice la cita, la actitud del Choro y del hampón retirado corresponde a los códigos y costumbres de esta comunidad, específicamente entre los que ostentan el mismo “título”, pero con distinto rango de edad y ocupación. En esa parte de la historia el Zanahoria está en los mejores años de su vida delictual —y se mantiene así hasta el final—, es una de las figuras más prominentes entre sus pares y en la jerarquía. El hampón del lenocinio se retiró de su oficio desde hace tiempo, y con el dinero de un gran robo instaló el negocio, abandonando el estilo de vida delictual para comenzar otro. Es parte de las “contradicciones sin sentido que tiene el universo de un hampón, sí le está permitido retirarse de la actividad delictual y establecerse con un prostíbulo” (Gómez Morel 160).

Como ya mencioné, el Zanahoria es el hampón con mayor relevancia en la novela de Gómez Morel. Su figura se eleva a niveles heroicos, catalogándosele como alguien inalcanzable para Toño. Su imagen representa a la perfección el ideal jerárquico no solo del mundo delictual sino que del hampón: valiente, etéreo, guerrero contra la ciudad y capaz de dar “las puñaladas a tanto paco” (149). En palabras de Toño, “Tal vez era como ese ser de mito y leyenda que todo niño necesita idealizar y amar en su infancia para que su personalidad se realice” (149). Simboliza todo lo que un Cabro del río aspira ser y por lo cual lucha, infundiendo admiración y respeto en los demás aún cuando sus gestos y maneras de comunicarse sean bruscas y violentas.

Su personaje representa a aquellos delincuentes que aún están profundamente arraigados al Río Mapocho, regresando siempre a sus raíces sin importar la situación, pues es el sitio que los acoge y protege por excelencia. Cuando regresa lo hará en un contexto de persecución: ha escapado de la cárcel —encerrado por asesinar a uno de los suyos, al ser descubierto como delator— y es ampliamente buscado por la policía. Aquí se desprende otra característica del río que mencioné anteriormente, la lealtad. Su personaje nos muestra la otra cara de la misma moneda, como muy bien advierte Palma:

cuando alguno caía herido por uno de sus compañeros, [prefería] agonizar en un hospital antes que revelar a su agresor, y también ... los funerales y velorios ... eran costeados por los propios hampones...Por lo mismo, se observaba un fuerte odio a quienes se regeneraban o intentaban cambiar de vida (217).

En la ley del río, como dice Toño, “primero yo, segundo yo, y si sobra, yo” (Gómez Morel 176). Son individualistas. Sin embargo, existe esta fuerte camaradería que consiste en proteger al compañero y que, en caso de traición, implicará la eliminación de dicho traidor por aquellos pertenecientes a la elite del hampa, como sucede en el caso del Zanahoria: “En riña de guapos mató a otro muchachón del río que fue sorprendido en delación” (150).

Por último, existe otro Choro importante en la historia, el Ñato Tamayo, “un viejo líder del hampa, que, además de ser muy instruido, gozaba de un enorme ascendiente en el grupo” (238). A diferencia del esposo de la cabrona —quien se aleja del mundo del hampa para dedicarse a la explotación de mujeres— y del Zanahoria —quien representa a un hampón relativamente joven y en el mejor momento de su carrera delictual—, este es la representación del delincuente experimentado, con una alta madurez y experiencia al haber pasado tanto por el reformatorio como por la cárcel. Si bien su mención es mucho más reducida que la del Zanahoria, es extremadamente relevante porque, por un lado, representa a los Choros de las cárceles —tema que explicaré con mayor profundidad en el siguiente apartado—, aquellos que abandonaron casi en definitiva la protección del río y con quienes más se puede ver el funcionamiento de la comunidad delictual. Por otro lado, es la voz de la experiencia:

—Toño, te vas. Bien: te voy a dar un consejo. Trata de comprender que por medio de ciertas actitudes no nos vas a impresionar. Una sola cosa nos convence: que actúes duro y fuerte contra los giles. Cuando pegues, pega firme porque también te darán duro. Atácalos porque los odies, no para buscar nuestra admiración. No lo olvides. Matasiete y varios muchachos estamos de acuerdo en que puedes volver al Mapocho. Vuelve al río. De ti dependerá su trato. La ubicación que te den” (238).

Su consejo a Toño encarna no solo el pensamiento de una comunidad, sino que también la forma correcta de actuar dentro de sus códigos y leyes, algo que solo alguien experimentado en su rubro es capaz de otorgar. También cabe señalar la importancia de sus palabras: el joven estaba pasando su peor momento dentro de la comunidad delictual al ser rechazados por los suyos —debido a cierto incidente que detallare más adelante— y a través de este permiso pudo retornar casi sin ningún problema al río. Gracias a su aprobación, se le permitió tener una segunda oportunidad dentro de la comunidad y probar su valía en la misma. La existencia de estos líderes podía marcar el destino de un hampón, como lo es en este caso.

Entre el reformatorio y la cárcel

Anteriormente mencioné que el río es el espacio donde todo hampón regresa y representa, como dice Mauricio Gómez, al “gran padre protector...pasa a ser un padre sabio e incommovible, el patriarca imaginario que reúne una gran familia de huachos delincuentes” (70). Es la casa que los protege y resguarda de la ciudad y la sociedad. Cada uno de sus integrantes crece en sus aguas contaminadas, en las islitas y orillas; aquí, se forman, viven y comparten tanto Cabros del río como Choros. De cierta manera el río Mapocho en la narrativa de Gómez Morel tiene una representación metafórica, se lo personifica como un ente más, partícipe de la comunidad. Encarna todas sus leyes y reglas, e incluso su comportamiento delictual, el cual están obligados —sin sentir la obligación— de acatar: ““¿Qué diría el río?”... En esta pregunta estaba encerrada toda una manera de ver la vida, la filosofía del hampa (Gómez Morel 160)”. Según las reglas del río un hampón no debe delatar, cafichar y cogotear, ni siquiera dedicarse a la prostitución —a menos que se retire de todo a lo asociado a las delincuencias, como ya se mencionó en el apartado de los Choros.

“Eran los hijos del suburbio que ya conocían la situación. Llegaban sin saberse cómo...Había tenido que ordenar que los dejaran entrar solamente. El río sabe cuándo uno de los suyos está en peligro y acude sin que lo llamen ni le avisen” (176): así se narra el momento en que se libra una batalla en el río Mapocho, una muestra de compañerismo total para proteger al Zanahoria e impedir a los policías cumplir su labor de regresarlo otra vez a la cárcel santiaguina. El río es, por consiguiente, el escalón menor de su espacio social pero el de mayor importancia en la construcción literaria de la novela, porque solo a este se puede regresar cuando se encuentran en problemas. Distintos de este espacio de confort y plenitud son la cárcel y el reformatorio, establecimientos donde están obligados a habitar, desenvolviéndose de tal manera en ellos que los hampones los ven como sitios para perfeccionarse en el delito.

Tal como advierte Pinto “las comisarías y cárceles son espacios de excesos: injusticia y represión del cuerpo” (78), al igual que los reformatorios, cuya función es la opresión de todos aquellos que han infringido la ley de distintas maneras. Estas instituciones, creadas por el estado con la intención de controlar la delincuencia, se convirtieron en espacios propios de ellas y permiten el desplazamiento de cualquier tipo de antisocial, incluso de los individuos que son rechazados por sus pares. Ello es válido sobre todo para los reformatorios, en donde se encierran a los menores de edad para reformarlos, impedir que sigan delinquiendo y reintegrarlos a la sociedad, y las cárceles, que encierran a aquellos que han realizado una enorme cantidad de actos violentos contra los habitantes de la ciudad. La primera está destinada para los menores, la segunda para los mayores. Aunque, en el caso de los jóvenes que

rozan la mayoría de edad, son trasladados entre ambos espacios, dependiendo de la purga de poder y tensión existente entre ambas instituciones.

Por esos días yo esperaba mi traslado al Reformatorio y "oficialmente" permanecía en la Sección Menores de la Cárcel...Dicho traslado se solicitó, pero se había creado un conflicto de poderes entre el alcaide y el director de la Casa de Menores. Aquél sostenía que debíamos estar en el Reformatorio "por mandato expreso de la ley", y éste replicaba que la Casa de Menores no podía albergar a "delincuentes ya formados que constituyen una amenaza para la tranquilidad de los chicos que aún tienen salvación". (Gómez Morel 304 – 305)

En este caso se está disputando la custodia de Toño; una parte apela a las leyes y la otra al riesgo que implica traer a un delincuente formado, que constituirá una amenaza para los jóvenes que aún pueden tener salvación. Esta pugna de poder en que se ven envueltos ambos establecimientos muestra el motivo por el que muchos hampones iban de la cárcel y al reformatorio de manera irregular, como le ocurrió al Zanahoria, quien pasa de la cárcel al reformatorio y de nuevo a la cárcel. Considero esta anomalía una de las principales causas del desarrollo delictual, pues no hay un ente estable que cumpla fielmente su rol, ni el poder suficiente para manejar a todos aquellos que aprisionan, porque no hay una preocupación real de cumplir sus funciones si no hay una disputa de por medio.

Por otra parte, estos entornos se caracterizan por tener un espacio insalubre y abusivo, cada uno representado de distintas formas en las descripciones físicas. Una vez al año el reformatorio tenía de todo: jefes de vigilancia, "cocinería, cárcel, prostíbulo, taller, escuela, templo, hospedería, y hasta reformatorio cuando venían a visitarlo las autoridades judiciales, una vez al año" (196). En este tipo de establecimientos están basados en una autoridad despótica, sobre todo cuando las autoridades judiciales no están pendientes del trato que reciben los menores, lo cual pasa la mayoría del tiempo. La cárcel, por otro lado, "parecía una casona. Día y noche los reclusos vivíamos hacinados en grandes calabozos colectivos. Ahí comíamos, dormíamos, hacíamos nuestras necesidades corporales" (224). Representa no solo la opresión y castigo contra los delincuentes, sino que también el abandono total a la que se encuentran sometidos.

Aunque las cárceles chilenas son conocidas por el hacinamiento entre reclusos, en la narrativa de Gómez Morel esto carece de importancia; el relato se centra más en hacer una descripción de ciertos momentos significativos, en los cuales se puede apreciar parte del comportamiento delictual y sus leyes pues, tal como señala Palma al citar a Francisco de Veyga "comienza su carrera delictuosa como menor

vagabundo para recibir la consagración dentro de la cárcel, viviendo después entre la cárcel y la calle por el resto de su vida” (204). Por ejemplo: “— ¡Uno! —respondí. Es una antigua costumbre de los penales chilenos. Cuando el policía golpea la puerta con su bastón, el que está dentro debe responder indicando la cantidad de reclusos que hay en el calabozo” (Gómez Morel 232). O bien: “Era la invitación más obligante para que se desatara el motín. Las cárceles chilenas son famosas en el mundo entero por sus motines” (232), haciendo alusión, desde la perspectiva de Toño, al funcionamiento interno de las cárceles chilenas y como sus reclusos se caracterizan por realizar, cada cierto tiempo, motines.

Existen ciertas distinciones entre el reformatorio y la cárcel. El reformatorio podría ser catalogado como un espacio medio, un intermediario entre la ciudad y la comunidad delictual. Según la narrativa de Toño, en el reformatorio existen los “teléfonos con patas” aludiendo a “una maquinaria de delación y espionaje tan bien montada que en el reformatorio no ocurría nada sin que él no lo supiese con anticipación” (197). Cuando era descubierta la delación, y más aun si tenían la oportunidad de vengarse, el castigo que los demás internos les propiciaban era tal que no les importaba si antes habían sido compañeros o no: la lealtad se demuestra como una de las principales características de los hampones, y la traición es completamente condenada. El castigo puede ser de tal violencia que en algunas ocasiones los delatores son dejados semimuertos, lo cual solo puede ocurrir en la cárcel mas no en reformatorio. Un caso memorable es el de la Monja, un homosexual declarado que delató al Zunco por intentar urdir una escapada grande sin él. Le tienden una trampa para así poder vapulearlo con la aprobación misma del reformatorio:

La Monja ya podía moverse. Fue llevado en estado inconsciente...Con los ojos vendados lo hicieron pasar por el medio de la doble hilera que formábamos. En la mano cada uno esgrimía un bestial zapatón de soldado. Le dimos todos con el tacón. Sentíamos profunda ira contra los delatores y homosexuales declarados, así fuesen de los nuestros (276).

La homosexualidad, y más si es declarada, es repudiada entre los hampones, y en el caso de la Monja queda en evidencia que su traición le cuesta caro, pero no la vida, porque el mismo sistema del reformatorio no permitiría conflictos que desencadenaran la muerte del agredido. Lo permitían hasta cierto punto, pues quienes se encargan del reformatorio repudian todo lo relacionado con el mundo delictual. Por eso, cuando alguien comete una infracción dentro de sus paredes permiten que los propios jóvenes se encarguen de castigar a los suyos.

El caso de las cárceles es distinto. Allí las leyes del hampa deben de cumplirse al pie de la letra, y cuando se descubre a un delator se debe lidiar con él, ya sea acabando con su vida o haciendo “Chanchito en bolsa”. Esto quiere decir que un integrante de la comunidad carcelaria debe hacer pagar en nombre de otro presidiario de mayor prestigio cuando la delación no involucra la honra del afectado y el delator no tiene otros cargos dentro de la comunidad. El único momento en que esto queda demostrado es cuando Toño hace chanchito en bolsa al Tonto Maldonado, quien les contó a los guardias que las pistolas de los hermanos Valdivia —hampones de renombre y reconocidos— estaban en la habitación de otro recluso. O el caso de Carlitos Valenzuela, un homosexual declarado que delató a su amante con la intención de impedir su fuga y posible salida del país, debido a la enorme cantidad de crímenes cometidos. Este ejemplo pienso describirlo en el apartado de los homosexuales.

Según Mauricio Gómez, “la ley del hampa necesita legitimarse en los espacios en donde es marginada y puesta entre rejas. Toda la fuerza y el rigor del hampa necesitan ser desplegados en el lugar que está destinado para su represión” (78). A ello quiero agregar que este acto de legitimación está muy arraigado a la “honra” del delincuente, por lo cual se podría interpretar como una manera de hacer valer su estatus. En este caso quiero referirme al caso de las bolitas, en capítulo “Las bolitas”, en donde cuatro reclusos y el Milico, un pillo de la cana, estaban jugando a las bolitas. Cuando el Milico perdió contra el Gitano —un hampón reconocido y de alta estirpe dentro del mundo del hampa—, lo insultó: “— ¿Vos te creés que estái tirando piedras al río, Gitano?” (Gómez Morel 299). Me apoyo en el análisis realizado por Mauricio Gómez respecto a esta situación, al hacer una analogía con el pasaje de Tersites en la *Iliada*, en donde un guerrero de baja categoría “ofende con sus palabras la nobleza y el derecho único a hablar de los héroes o aristócratas griegos” (78). Las ofensas, según las leyes del río, deben ser pagadas, más aún si provienen de alguien que no está relacionado con él. Es algo que por honra no se debe dejar pasar, porque todos los delincuentes esperan que el Gitano haga valer su rango. La paliza que le propina junto a otros reclusos es digna de las leyes del río ya que, finalizando el capítulo, Toño concluye que el Milico fue enviado al hospital con “Tres costillas rotas, el cráneo masacrado, sin dientes, semimuerto” (302)

Una de las últimas características que quiero destacar, que se da ya sea en el río como en las cárceles, pero cuyo mejor ejemplo está en la cárcel, son los que yo denomino interacciones y favores entre hampones. Entre la comunidad delictual incluso importa cuándo se recibe la ayuda o gracia de un determinado hampón. Un ejemplo de aquello es el caso de Carlitos Valenzuela y su amante, el Cojo. Este último ha recibido una cuchilla zapatera del Gitano, para darle muerte a su delator. Sin embargo,

salió deslizándose uno de los asesinos más crueles que Chile tuvo en toda su historia criminal: El Chilenito...una nueva arma que ofrecía al Cojo: una daga plana y ancha que sólo como gran honor el Chilenito cedía a un amigo. El Cojo revisó su estoque y la cuchilla zapatera del Gitano, comparó con el presente que le hacían y se decidió arrojando dentro de la carpa tanto el estoque como la cuchilla zapatera. Miré al Gitano que estaba situado un poco más allá del lugar en que me encontraba: lo noté defraudado. Un ladrón pasa su arma en muy contadas ocasiones. Rechazársela es herirlo en lo más delicado de su alma. (309)

El favor de un hampón con una carrera delictual brillante es mejor que aquel que, si bien es brillante, palidece en estatus ante el otro, por lo cual, entre hampones, la mejor decisión a tomar es aceptar este favor del que tiene más estatus, algo que el mismo Toño valida casi al final de la novela, al decidir estrechar la mano del Zanahoria antes que la del Gitano.

Para finalizar, quiero aclarar que para mí estas instituciones estatales, a pesar de sus características delictuales y su función en concordancia con el mundo del hampa, representan un punto muerto. Ambas instituciones son presentadas como entes abusivos y despiadados, opresivos incluso. En vez de cumplir las funciones para las cuales fueron creadas se dedican a cometer abusos de poder y agresividad, convirtiéndose en un caldo de cultivo donde la miseria convive con la delincuencia. Y es precisamente por esto que es un punto muerto: porque a pesar de ser órganos estatales, a pesar de que son parte de la ciudad, de ese mundo donde la moral y las buenas costumbres son aceptadas como parte crucial en la sociabilidad, la forma en que operan está en un nivel de violencia similar al nivel en que opera un hampón, rozando peligrosamente con la línea divisoria que separa el río de la ciudad. Son entes que, además de cumplir sus funciones de resguardar, infligen dolor e intentan causar división entre los delincuentes —hago referencia a aquellos que delatan o que se están reformando para salir de la comunidad delictual—, sin respetar los códigos morales por los que deberían regirse al provenir de la ciudad. De ahí los hampones aborrezcan estas instituciones; mediante ellas pueden ver la deslealtad y traición de algunos de los suyos, que quiebran los códigos del hampa con tal de obtener favores o una mejor calidad de vida, alejándose de la vida miserable y violenta a la que están acostumbrados a vivir.

En el límite: Prostitutas

Los tipos de personajes que mostré con anterioridad corresponden a todos aquellos que, desde la perspectiva de Toño, pertenecen a la comunidad delictual. Sin embargo, también en su narrativa conocemos personajes límites, que o no forman parte del mundo del hampa o pueden pertenecer

parcialmente a este. Aquellos que, a mi juicio, forman parte de la comunidad delictual pero son los marginalizados de la misma, por no cumplir los códigos y leyes del mundo del hampa. Y una de las figuras correspondiente a este tipo de personajes es la de las prostitutas.

Estas son un caso particular dentro de la novela, pues ellas son despreciadas y su grado de marginalización radica en la violencia a la que son sometidas: “El Zanahoria decía que el ladrón jamás debe sentir amor por una prostituta ni menos tenerle consideración: ‘Son como los bueyes viejos, cauro. Si no si’asen a la entrá, si’asen a la salía, pero si’asen. Hay que machucálas y dales duro. Naa más’” (226). Representan de esta forma que la delincuencia y los estatutos sociales están estrechamente marcados por el patriarcado y la masculinidad, dejando a la mujer relegada, en esta sociedad delictual, a simplemente satisfacer a los hombres, algo a lo que ellas mismas están acostumbradas y aceptan.

Existen tres personajes que enmarcan a la prostituta y muestran sus distintas facetas: Mayita, la madre de Toño y Julia. Sumo a ellas el lenocinio, un negocio ilegal para la prostitución. El caso de Mayita es particular y es el único mencionado en la novela. Con ella se representa a la prostituta que tiene una estrecha relación con el río, la que es capaz de bajar hacia el mundo del hampa y pedir ayuda, la que recibe esta ayuda dentro de sus reglas: “—Quiero que seái mi hombre, Zanahoria...Estoy aburría con tanto palomilla que se las da di’hombre... Me quitan la plata, y a la final na ni na. Se la gasta con otras patinaoras polque tiene minas pol toas paites” (159). Es un pedido de ayuda basado en la desesperación de no poder ejercer su trabajo, pues su protector ha sido apresado por la policía y encarcelado.

Además, la introducción de su personaje permite vislumbrar ciertas características de la prostitución callejera: que las prostitutas entre ellas se “dicen patinadoras”, a los protectores o “lachos” —quienes además de explotarlas las protegen de otras prostitutas, que también tienen sus propios lachos— y que una “patinadora” sin protector está condenada en las jurisdicciones callejeras:

Mayita decidió protegerse de los protectores y ejercer su oficio sola. Se prostituiría sin intermediarios, vendiéndose al azar y la suerte...Quería independizarse, pero naturalmente chocó con el inconveniente de que a una mujer sin protector, sus colegas la ahuyentan y maltratan y debe andar a la deriva (158).

Por otra parte, mencioné que Mayita era un caso especial de prostituta, la cual se relaciona con el mundo del hampa. En estas ocasiones el libro las denomina “Patín del río”, y las caracteriza porque saben cómo desenvolverse tanto en la sociedad delictual como la de la ciudad, porque saben

discriminar a sus clientes y se dan cuenta de cuándo el cliente es en realidad alguien del estado que quiere detenerla por ejercer la prostitución. Además, Toño realiza la siguiente descripción de ella:

En el mundo de la prostitución, "Patín del Río" confiere dignidad especial porque son pocas las que se atreven a traficar junto al hampa; y cuando una lo hace es porque en su historia y conducta hay algo que el hampa estima... Una patín simboliza independencia y coraje, así no sea del Río, y cuando lo es, ya infunde respeto a sus colegas. La patín debe saber hacer muchas cosas, entre ellas, discriminar rápidamente aplicando una psicología propia...y finalmente la guerra que esta mujer libra con la ciudad es sin ninguna ventaja para ella porque no está considerada como una prostituta por lo que no recibe ni siquiera la oficiosa "protección" de las encuestas estadísticas. Por eso Mayita, para las asiladas de doña María, era una chica muy respetable. La llevaban al salón porque podía darles noticias sobre los últimos acontecimientos ocurridos en el submundo de la noche lujuriosa. Como los soldados que están en la trinchera y de pronto ven que llega el correo, así es de importante un patín cuando llega a un lenocinio: trae noticias, comentarios, chismes. Sabe quién está muriendo en un hospital, quién jubiló, etc. (163-164).

Son, por tanto, un símbolo de resistencia, ejercen de manera diferente la prostitución sin ser plenamente prostitutas, porque ellas saben lo que ocurre en el hampa, se desenvuelven en ese entorno y eso la distingue de las demás prostitutas, que son parte de la sociedad delictual pero no del mundo del hampa. De ahí la importancia de mencionar a Mayita, porque es un "tipo" distinto de prostituta con una jerarquía mayor a la de sus pares. No solo es la prostituta que pertenece al mundo de la prostitución, sino que además puede relacionarse activamente con el delictual. En definitiva, las "patín del río" como Mayita representa a aquellas que oscilan ambos grupos sociales, perteneciendo a uno, mientras que en el otro se le acepta sin ser discriminadas ni violentadas por los hampones. En conclusión, la patín del río es como los pelusas: se las acepta porque colaboran con la comunidad pero no son parte de ella.

Por otro lado están la mamá de Toño y Julia, quienes sí representan ese mundo de la prostitución. Sanhueza en su tesis manifiesta que "Hay códigos claramente establecidos que el narrador se encarga de relatar y explicar...hay desconfianza en la prostituta, por la sumisión frente a su proxeneta y por su falta de dignidad, y por otro lado, hay una atracción hacia el sexo, el amor, y el cariño, que se

transforma en obsesión” (86). Ello deja en claro que una de las características importantes del mundo de la prostitución —y por tanto, de las prostitutas en sí— es un aparente sometimiento que aceptan sin ningún tipo de dignidad; en realidad ellas, mediante sus cuerpos, se saben dueñas de los hombres, porque estos no pueden resistírseles y ellas son consientes de esto. Ello queda en evidencia cuando la madre de Toño encara a papá Mono de bestia y ejerce todo su poder de saberse mujer para someterlo:

Con el paroxismo estaba semidesnuda y su cuerpo níveo se retorció de furor. Se acercó insinuante y lasciva a papá Mono y éste la rechazó con repulsión... Siguió acercándose al Mono, y éste ahora la miraba entre asombrado y sudoroso, jadeando, como si hubiese estado frente al más hermoso caballo que jamás tuviera, su cuerpo se estremecía por el deseo...y la dejó que siguiera acercándose hasta que ambos cuerpos entraron en contacto: venció la hembra y el varón cayó aniquilado por el ardor de aquel cuerpo febricente (62-63).

En la narrativa de Toño nunca se expresa de manera directa que su madre sea una prostituta, sino que más bien se hace constantemente alusión a los amantes de la misma. Sin embargo, la siguiente cita me permite dilucidar que sí era prostituta y encasillarla en esta categoría:

Sus amantes —exceptuando a uno— recibieron el trato que ella tenía reservado para cuanto prójimo se acercase a su vida: los explotó. Sólo se libró, quien más la humilló y vapuleó: el abogado. Era el explotador por excelencia. Ella lo dejaba hacer porque lo amaba. Era feliz entregándole el producto de su tráfico (92-93).

Con ella se revela que el explotador o protector en su caso es el abogado, a quien le entrega el dinero de su prostitución de la misma manera que hacia la Mayita con su protector anterior porque, a fin de cuentas, el protector también es su amante, lo cual puede deducirse implícitamente cuando habla de que el abogado fue quien más la humilló y explotó —algo que realizan los protectores— y porque es él quien recibe el dinero de sus ganancias cuando hace alusión al “producto de su tráfico”.

Por último se encuentra la Julia, la prostituta asociada a los lenocinios. Ella, al igual que la madre de Toño, representa a la prostituta que usa su cuerpo para su beneficio, pero con la diferencia de que si “Mamá escoba” —denominación narrativa que Toño le otorga a su madre— podía catalogarse como una *femme fatale*, a Julia se le suma eso y su trabajo en el lenocinio, otra manera de reinterpretar los códigos, leyes y costumbres de la sociedad delictual, la cual se centra en este establecimiento ilegal,

evidenciando que incluso entre prostitutas —sin tener en consideración a la prostituta patín del río— existen jerarquías:

Había cambiado de casa... Esto es muy común entre las cabronas... Julia aceptaba la "transferencia" porque ante sus compañeras ganaba en ascendiente y consideración. Representaba un valor comercial evidente y eso es lo que más impresiona a una niña. Se hacía pagar una parte de lo que con ella se había pagado; no lo recibía en dinero, pero sí en tratos especiales: cuando su nueva Mamy salía de juerga o debía ir a rescatar al marido en leva, Julia quedaba al frente de la casa con el rango de regente. Sólo se desnudaba ante quien le gustase a ella... (318).

El valor comercial de una prostituta y la explotación de su cuerpo muestran que en la visión social esta no pasa de ser un objeto, algo que ellas aceptan e incluso exhiben con orgullo. De la misma forma que los hampones exhiben su hombría, estas mujeres exhiben la cosificación de su cuerpo, de su sexualidad. Además, la Julia representa la verdadera cara de las prostitutas: “Llegué a la conclusión de que esa mujer era lo que simplemente se llama "una gozadora", según el modo de calificarse que las prostitutas tienen entre ellas. Lo primero para ella consistía en recibir el placer sexual, gozarlo hasta las heces. Era calculadora, cínica, cruel” (323). Con ella se evidencia el cinismo y lo calculadora que pueden ser cuando tienen una meta en mente. Si bien la sociedad delictual está basada en una sociedad patriarcal, las mujeres también se hacen escuchar mediante su cuerpo. Como los hampones no son capaces de rechazarlas, las desprecian por su capacidad de sometimiento. De ahí, considero yo, su trato tan cruel y dominante con ellas, porque inconscientemente se sienten en peligro si se involucran más allá de lo carnal.

En el límite: Homosexuales

Los homosexuales son uno de los grupos que también forman parte de la sociedad delictual, pero no son tolerados. Se los desprecia y son tildados de “huecos”. Según la descripción narrativa de Toño: “Los hay de diferentes categorías: los declarados, los que lo son en secreto y aquellos que provienen del cauce” (205).

Los declarados tienen acceso al grupo cuando poseen una virtud especial dentro del mundo del robo o cuando son innovadores. Entre aquellos personajes declarados está la Monja, pero en ningún momento se hace alusión a alguna habilidad sobresaliente de él. Caso diferente es el del Carlitos Valenzuela, un recluso declarado quien es descrito como “alto, joven, moreno, de pelo ondulado, ojos

café oscuro, cuerpo elástico y andrógino, como convenía a su condición de homosexual” (303). Su habilidad especial es el escapeo. Debido a lo excelente de su técnica, los choros de la cárcel lo admiten en la rueda de choros —instancias en las cuales toman decisiones importantes los líderes del hampa—, e incluso adquiere la jerarquía correspondiente a su especialidad. Sin embargo, los líderes expresaban: “Lástima que sea hueco” (303), lo cual significaba una exclusión definitiva de comunidad delictual, no tenía voz ni voto en ella.

Ser homosexual, independiente de si es declarado o no, tiene dentro de la sociedad delictual un enorme estigma social. Se lo marginaliza y repudia con mayor fuerza que a un mendigo, e incluso le profesan un odio más profundo que a los policías y a todo lo relacionado con el estado. Basta con recordar el caso de la Monja, que describí en el apartado de “Entre el reformatorio y la cárcel”. Si ya había “sapeado”, eso, más el querer reintegrarse a la sociedad y ser homosexual lo condenan a un odio y castigo más profundos de los que podría haber tenido cualquier otro delincuente.

Luego están los no declarados, que desembocan en la homosexualidad después de un tiempo, para quienes “existe un respeto aparente...pero llega un momento en que son "aclarados" (descubiertos en público), y ahí quedan señalados para siempre. Pierden su ascendiente así haya sido muy fuerte” (205). En la novela no se explicita la existencia de un homosexual en secreto. Sin embargo, puedo afirmar que el Cojo era uno de ellos. Uno de los motivos por el que puedo hacer esta aseveración proviene de Toño. Cuando el Zanahoria agrede al Cafiche España —un pegador, otra agrupación del río excluida—, este va al río Mapocho a cobrar venganza con los pelusas y Cabros del río. Toño, en vez de escapar, decide quedarse a pelear, y es violado. Después de eso queda estigmatizado como “hueco” y se le rechaza en la comunidad delictual. No ahondaré más respecto a esto en el capítulo, porque pienso abordarlo en el siguiente. Al quedar catalogado dentro de este grupo por parte de los hampones, Toño logra tener acceso a ese mundo y saber la existencia de ciertos personajes. El mismo narra que Carlitos Valenzuela delató la escapada del Cojo porque este era su amante: “supo que el Cojo Zapatero —su amante— se fugaría...Carlitos temía que después de la evasión su Cojo partiese al extranjero, conforme lo hace todo delincuente profesional. No podía conformarse con la idea de perderlo y quería retenerlo en Chile a cualquier precio” (304). Conocía los motivos e impulsos del hampón, algo que no debería haber sabido de ser un simple delincuente.

El otro motivo está relacionado con el Cojo y el Chilenito. Teniendo en consideración la cita que utilicé “Entre el reformatorio y la cárcel”, el Chilenito es un gran delincuente, alguien de honra y respeto máximo entre los presos, y al prestarle su arma al Cojo lo está reconociendo como un hampón de alto valor y rango jerárquico. Por eso hago la siguiente deducción: Toño sabe que él era homosexual

porque tenía contacto con los “huecos”, sin la necesidad de estar en contacto con ellos, algo que no todos los presidiarios y delincuentes conocían. Si hubiese sabido que el Cojo era homosexual, el Chilenito nunca le hubiese entregado su arma.

Por último están aquellos que provienen del cauce del río Mapocho, producto de las redadas que realizan los Cabros del río.

Saben que un pelusa de alcurnia jamás olvida cómo llegaron al río y qué les sucedió al ser traídos. Buscan la "redención"...Les vi rindiéndoles servidumbre. Tampoco vi que un hueco proveniente del cauce fuese aceptado en el círculo "aristocrático" del hampa. Puede llegar a convertirse en ladrón, mas no por eso se le considera delincuente, "choro". El grupo lo rechaza hasta que muere (205).

De esto se desprende el tema de virilidad masculina. Los Cabros del río pueden abusar sexualmente de ellos y eso no es visto como homosexualidad. Creo que esta manifestación carnal es más bien una forma de legitimarse a sí mismos, de mostrarse como hombres, validarse a través del sometimiento de otro más débil que uno.

Por último, quiero hablar del caso de Carlitos Valenzuela y el Cojo, que representan cómo funciona la homosexualidad y las dos visiones distintas sobre ella. La primera tiene que ver con una visión amorosa de su par, dispuesto a realizar cualquier cosa con tal de mantenerlo cerca y perpetuar su presencia en él. En cuanto al Cojo, quiere legitimarse ante los presidiarios: “Tres metros antes de llegar junto a su amante, el Cojo se detuvo. Miró también hacia el galpón. Nos recontó. Revisaba si estaba la "crème" del hampa. Se sabía actuando para la posteridad porque la performance de aquel mediodía quedaría grabada en los libros históricos del grupo” (308). Al final, la disputa es ganada por Carlitos Valenzuela, que luego de ser herido fatalmente en el abdomen, consigue que su amante vacile —y lo mate de manera rápida y piadosa—, cortándole el rostro con una cortapluma. Se consolida el deseo del homosexual y el Cojo, a pesar de haber cumplido con las leyes del hampa matando a su delator, queda humillado por el mismo, con una herida que más que una cicatriz de batalla será el reflejo de su descuido.

Capítulo V: La comunidad imaginada de *El río*

En el capítulo anterior escribí sobre los tipos de personajes que representan la sociedad alternativa de *El río* y algunas de sus características asociadas, así como los códigos, conductas y comportamientos que emanan de dichos personajes. En este capítulo mi análisis se centrará en describir por qué en esta obra se presenta una alegoría de nación, la cual tiene su explicación en la tensión que existe entre los habitantes del río Mapocho —pelusas, Cabros del río, Choros— aquellos que son excluidos de la comunidad delictual, versus la “ciudad”, palabra con la que constantemente Gómez Morel alude a todos los miembros que pertenecen a la sociedad estamental, desde personas respetables y de bien hasta policías que aceptan el orden del estado. Antes de abordar esta tensión existente entre el río y la ciudad, voy a referirme a dos elementos específicos que forman parte de la comunidad delictual, los cuales no detallé en el apartado anterior porque los considero como elementos decisivos para evidenciar esta alegoría nacional que propongo en mi tesis. El primero de ellos se relaciona con el nombre y la identidad de los hampones.

En investigaciones anteriores sobre esta novela autobiográfica, el tema de la identidad ha sido cuestionado desde la perspectiva de pertenencia que Toño siente hacia su entorno. En su tesis, Francisca Pinto hace una analogía entre el Lazarillo de Tormes y Toño para explicar la sintonía entre ambas obras a partir de los orígenes del pícaro. Alude a la irrelevancia de los nombres propios (103), propone que los 4 nombres que tiene el protagonista a lo largo de la historia son solo apariencias, y discute el nombre del río Mapocho, que implica los elementos de encauzar y separar (104). El primero porque es lo que separa aquellos barrios populares y extremadamente pobres de la ciudad con los más acomodados; y el segundo porque desde el primer momento en que Toño ve el río Mapocho se siente atraído por él, lo que implica separarse de la vida que llevaba hasta ese momento como integrante de la sociedad. Para la autora los nombres no son decisivos (105), permitiéndole de esta manera distanciar la obra de la novela española. Especifica que para el protagonista “El lugar en el mundo se adquiere a través de la pertenencia al río, dado que la familia, la educación y la religión son falsas; por ello cree encontrar en el Mapocho un lugar hospitalario, sin imposturas, donde puede ser libre y donde existe la esperanza del compañerismo” (106). En contraste, Mauricio Gómez adopta otra perspectiva respecto al tema de la identidad y de los nombres. Para él, la forma en que esta estructura muestra la identidad en la novela es problemática. El primer nombre, otorgado por Doña Catalina se vincula al mejor momento de su vida y al lugar donde fue feliz, que es su infancia: “El advenimiento del por ahora nominado “Luis” resulta muy conflictivo dado que desde el pseudo bautizo su ingreso al orden simbólico se ha

hecho de forma precaria e inestable” (16). Ello se repite cuando se ve obligado a vivir con su madre en Santiago —le da el nombre de Vicente—, enmarcándolo en una desarticulación del proceso de identificación de los padres. Realiza una descripción de las relaciones que estableció con “mamá escoba” y los amantes de su madre, sus padres sustitutos, por lo cual predomina “una atmósfera constante de cambio de modelos familiares” (17) tanto por el lado materno como por el paterno, moviéndose de figura en figura.

Si bien la identidad ha sido analizada en relación al protagonista, creo que también es un factor importante para identificar cómo se cimenta la alegoría nacional en esta novela. Ya expliqué en el capítulo 4 que los delincuentes —encarnados en las figuras de los Choros y los Cabros del río— comparten un pasado en común donde fueron miserables, violentados y/o abandonados, convirtiéndose Toño en el mayor referente dentro de la obra (lo mismo se evidencia, además, en la historia de Panchín). Incluso cité a uno de los cabros del río que hizo de juez para determinar si Toño podía quedarse o no en el río Mapocho, lo cual significaba que podría permanecer en la comunidad delictual mas no ser parte de ella hasta que lograra ganarse su lugar con el tiempo. Su fallo, por cierto, le es favorable al final. Tal como apuntan estos autores, los nombres no tienen ninguna relevancia para Toño y lo mismo se podría decir de los hampones pues, cuando son mencionados, nunca se lo hace por esta denominación sino que más bien por sus apodos. Ejemplos de esto son El Medio Té, El Gitano, La Monja, el Zunco, el Cojo y El Naranjero, y pocos son aludidos por sus nombres, y uno de ellos es Carlitos Valenzuela. Los “apodos”, a mi juicio, se convierten en su identidad. Es aquello que los caracteriza y es otorgado por los mismos antisociales, ya sea por una característica específica o porque algo en él les parece destacable, bautizándolos:

A la mañana siguiente volvimos al río...Me miraban extrañados y burlones. Llegaron más chicos del río...—Se parece al Toño —apuntó uno.

Desde entonces me llamaron Toño: mi tercer nombre. Creo que aún lo llevo porque tengo mucho río en las venas (Gómez Morel 67).

Una cita similar a esta utiliza Mauricio Gómez para describir la construcción literaria de la identidad, cuya “desfiguración y restauración lingüística, se puede registrar en el hecho de que el narrador decide adoptar un nombre que no es su nombre original (legal) y el cual es otorgado por otros, por unos desconocidos” (40). Conuerdo con su aseveración, así como con la importancia de este hecho, porque la identidad es concedida, en esta construcción literaria, por la comunidad delictual. Su

parecido con ese tal Toño, un personaje que nunca aparece en la narración, lo marca tanto como para ser llamado así en la posterioridad. Se siente identificado por esta denominación y lo sigue estando, pues la afirmación de que “aún lleva mucho del río” puede interpretarse como que todo lo aprendido y vivido en el entorno delictual lo formaron como persona, algo que se mantiene hasta el presente escritural de la obra, es decir, en la cita se hace un salto temporal del pasado que está narrando hacia el presente en que el autor escribe la obra.

De esta misma forma, quiero mencionar al Zanahoria, el Choro más recurrente en la novela, ampliamente reconocido y admirado. Su presencia es casi constante a lo largo de la historia y es la representación ideal del Choro, el héroe de los “pelusas” y Cabros del río. Toño nunca explica los orígenes de este personaje ni da alguna pista del por qué de su apodo. Sin embargo, se deduce por la descripción que él mismo realiza de este actante en su primer encuentro, y lo asocio principalmente al color de su cabello:

En un claro del bosquecillo natural que formaba esa isla, sentado en el suelo...con su pelo rojo desordenado y sus enormes ojos de color indeciso, robusto, desnudo el torso..., bronceado, hercúleo y patinado por ese tono antiquísimo que sólo pueden exhibir...los delincuentes auténticos, estaba el Zanahoria(151).

Probablemente su cabello rojo sea parecido al color cobrizo, lo cual justificaría su apodo, atributo que en otras ocasiones es resaltado por el narrador llamándolo “pelirrojo”. Con esto solo quiero resaltar que los nombres otorgados en la novela por los hampones tienen un sentido de origen aún cuando estos sean tan simples como “Zanahoria”. En este mismo personaje también advierto una característica importante respecto a la identidad, y es que esos apodos, además de concederles el ingreso a la sociedad delictual, representan una forma de resistencia. Una resistencia basada en el repudio hacia la “ciudad”, que representa a la sociedad estamental y a todos los integrantes de la nación.

—Mira, Ruperto (recién por primera vez supimos que el Zanahoria se llamaba Ruperto): sabes que tu madre, antes de morir, me encargó de tu suerte y destino...

—Pai re —dijo el Zanahoria visiblemente descompuesto el rostro—, usted no tiene pol qué llamarme Rupelto: se jue el nombre que me pusieron ustees. Yo no quiero llevall el nombre de un comisionado, di' un sapo veldugo. ¡Yo soy el Zanahoria! (173).

De la cita se desprende una negación a sus raíces de la ciudad y se revela su nombre real, Ruperto, dado por su madre, la prostituta Zulema. La oposición del Choro hacia aquella vida como “Ruperto” y la negación de su pasado solo se refuerza cuando expresa que “se jue el nombre que me pusieron uestees”, interpretando esta última palabra como todas aquellas personas no pertenecientes a la comunidad. Más bien, hace alusión a la gente de la ciudad. Su pasado, un tema tabú para él, no le es grato, mucho menos si sus raíces provienen de un comisionado, uno de los agentes contra los que la comunidad delictual se siente en constante guerra. De ahí que su expresión “¡Yo soy el Zanahoria!” sea tan importante: porque quiere remarcar su identidad de hampón y eliminar en su totalidad la de Ruperto, entrando en el mismo juego de identidades que Toño.

De una garganta salió un sollozo, algo semejante al "¡puf!"...¿Era el sollozo, realmente? No: era un alarido interior, blasfemia unida con oración, y lanzada hacia adentro.

El primer encuentro real entre Don Rupa como padre del Zanahoria y él mismo, cuando estaban rodeando el río Mapocho para llevarse de nuevo al Zanahoria a la cárcel, por un lado refleja lo complejo que es la identidad y el sentido de pertenencia que siente el joven choro, porque demuestra el odio hacia su progenitor. Ese “puf” se convierte en el odio y descontento que le produce la reunión con su padre, lo cual contrasta con el desconcierto del comisionado al intentar de identificar algo en él que se viera reflejado en el joven hampón. Reacción similar a la primera reunión entre Toño y su madre. En ambos casos se produce esta crisis identitaria marcada por el abandono y que solo tiene cierta reafirmación en la comunidad delictual y aquellos apodos que sustituyen a sus nombres reales y legales.

Anteriormente, ya mencioné lo que representa el río Mapocho desde la perspectiva literaria de Gómez Morel. El río simboliza a la comunidad delictual, así como encarna de manera metafórica a la figura del padre que protege de sus hijos. Pero también es quien los trata con dureza, cuyo orden jerárquico debe respetarse ante todo. Infringir las reglas atraerá severos castigos, los cuales pueden incluir la muerte. El río se convierte en un retorcido espacio de compañerismo, entendido solo en base a sus contradicciones:

El río tomó su resolución. El jefe lo había ordenado con su silencioso egoísmo brutal, con esa ley inhumana del hampa: "primero yo, segundo yo, y si sobra, yo". Había que resistir. Pero

nuestra solidaridad con el Zanahoria no era por él mismo sino por nuestro común sentimiento contra la ciudad. Nuestro jefe explotaba el odio común.

...Venía seguido por los muchachos...Eran los hijos del suburbio que ya conocían la situación. Llegaban sin saberse cómo...Había tenido que ordenar que los dejaran entrar solamente. El río sabe cuándo uno de los suyos está en peligro y acude sin que lo llamen ni le avisen. No acude a salvar a uno de los suyos: se trata de luchar contra la ciudad, y lo hace con placer y decidido (176).

Como la ciudad es su enemigo natural, lo primero para la comunidad del río es la integridad personal del individuo. Son egoístas en ese aspecto. Pero cuando se trata de luchar para proteger a los suyos, ello ocurre más porque el odio hacia la sociedad los mueve e incentiva a reunirse, tal como explica Toño en la cita. Su sentido de comunidad se basa en la lealtad y el sentimiento de odio contra la ciudad. El narrador se inserta en un nosotros y habla mediante una voz colectiva que me permite advertir la extraña forma en que la lealtad se desenvuelve y es entendida en el entorno literario del río, una en completa sintonía con los deseos de su comunidad. La lealtad se manifiesta de manera contradictoria, que solos integrantes de la sociedad delictual pueden aceptar y entender, y su procedencia está fundada en el odio hacia la ciudad. Este odio probablemente tenga su génesis en el abandono y abuso de ese pasado en común que comparten choros, cabros del río y pelusas.

Los ladrones hacen de las bolitas una cuestión de honor. Mientras mejor se juega, mayor es la consideración en el grupo.

...

Quizás se sienten niños, y les gusta. Reviven cosas que en su ayer sólo soñaron, pero que no experimentaron en la infancia. Y al lanzar la bola están viviendo su batalla (299).

En la descripción del juego de las bolitas, cuyos participantes eran El Gitano y El Milico, situación que expliqué en el apartado “Entre el reformatorio y la cárcel” del capítulo 4, Toño ironiza el motivo por el que las bolitas son una cuestión de honor. Expliqué que esto deriva de la honra y rango de los Choros dentro de la comunidad delictual, pero no hice un análisis desde la perspectiva de Toño, quien entrega una posible respuesta a esto: es porque, quizás, se sienten niños. Podría especular que, debido a que la voz colectiva utilizada por Toño en reiteradas ocasiones, y apoyándome en la descripciones de los apartados “Choros” y “Cabros de río”, los hampones que sufrieron en su infancia

no tuvieron momentos significativos de desarrollo durante la misma, de experimentarla. Es el caso de Toño con su niñez disfuncional, donde las figuras paternas, maternas y demás fallan para darle formación y de otorgarle todos los cuidados necesarios que necesita un niño. El odio por quienes los abandonaron primero. De ahí está ese sentimiento común de unión.

Esta disputa entre la ciudad y el río es constante, Toño no pierde la oportunidad de hablar de ella cada cierto tiempo en su relato.

Nos desquitábamos de la ciudad, mentalmente; injuriábamos e insultábamos al puente. Cada victoria del Zanahoria era nuestra; con ellas y por ellas abofeteábamos a la noche helada, a la estrella escondida y a la gente que dormía amando, soñando, fraguando ambiciones y gestando seres tristes. Como lobos lanzábamos aullidos interiores, llenos de odio y melancolía; nuestros corazones de niños, poco a poco, iban asimilándose al mundo del delito, a sus leyes y revanchas, a sus consignas y conductas; relampagueaba la furia en nuestras pupilas... Teníamos nuestro personaje heroico... (149).

La división es clara en la cita, muestra el pensar de una comunidad, de las victorias que sienten con los crímenes del Zanahoria y la conexión profunda que siente con el mundo delictual a través del aborrecimiento.

Por otra parte, la temática de la guerra hacia la ciudad, con respecto, a la lealtad y el odio, tiene su otra cara contra aquellos que traicionan a la sociedad delictual. El protagonista, mediante su relato de vida, nos presenta un entorno completamente corrupto, uno donde de los curas violan, las madres golpean y donde las instituciones solo resaltan la violencia e incitan la traición.

El niño —yo fui uno— adquiriría una visión deformada de la relación humana. El instinto de la asociación se le desquiciaba porque veía que en el contacto con las gentes tenía que usar del espionaje. A mí pudo formármese un concepto policial de la vida puesto que observaba que los "teléfonos con patas" creían actuar bien cuando urdían sus enredos y chismes. Las autoridades me aseguraban que ésos eran los futuros miembros de la sociedad, pero al verlos traicionarse, yo pensaba que tal sociedad no podía ser muy respetable. El Guatón Mazuera —para mí— representaba aquella comunidad social de la que con tanto fervor nos hablaba la maestra de escuela. Me resultaba mejor y más respetable el símbolo "Zanahoria" que el "Mazuera" (198).

La traición y la lealtad son dos caras de la misma moneda y sin la una no existe la otra. La primera se castiga cruelmente, la segunda se celebra. Toño muestra su disgusto contra los delatores y reafirma que figuras como el Zanahoria son lo único que necesita. Una sociedad donde existe la traición no puede ser justa. Por eso los casos de la Monja y Carlitos Valenzuela tuvieron un final desastroso, porque en ambos fueron delatores y tal como dice Palma anteriormente, los hampones se deben cubrir en todo una vez su compañero cae preso y hacer lo contrario, hasta incluso de echarse la culpa del crimen o ayudarlo en lo que necesité mientras está en prisión.

En la tesis de Mauricio Gómez, su apartado teórico pone en duda que la novela del río sea una novela de formación. El autor hace un énfasis a una cita de Lukács que es: “la tensión que pone la novela de formación entre el individuo y su entorno social, entre el individuo y su incorporación a la colectividad, es la atención, de fondo, al problema que suscita la relación entre cualquier sujeto y su formación e inserción política” (43). Describe que la novela de formación debe ser capaz de mostrar el desarrollo del personaje, cuyos procesos pasan de la desviación de la comunidad y su marginalización hacía un proceso de aprendizaje que lo reintegrará a la misma. En el caso de *El río*, señala, “[l]a identidad delictual que asume el “Toño” corresponde más a una adopción o bien a un deslizamiento de la conducta del personaje que a una posición dada y asignada socialmente” (44), saliéndose de la *Bildungsroman*. El protagonista es quien busca la inserción, en unos constantes intentos que tienen más fallos que aciertos, porque el mote de “hueco” lo persigue donde quiera que vaya dentro del espacio delictual. De esta forma, concluye que, más que ser una novela de formación, *El río* sería la de “un sujeto incorregible” (51), pues el sujeto formativo se da entre el Río y la Ciudad, sin pertenecer a ninguno de ellos plenamente. Estoy de acuerdo con el análisis realizado por Gómez, e incluso lo veo muy acertado en relación a como Toño se desenvuelve en la sociedad delictual, incluido su desarrollo como sujeto. Pero, no estoy tan convencida de que la novela no sea una novela de formación. Si bien es cierto que al analizar la novela a partir de Toño puede llegarse a esa conclusión, creo necesario ver las pistas escriturales que dejó Gómez Morel en su libro para determinar que Toño finalmente logra pertenecer a la comunidad delictual, lo cual está estrechamente relacionado con lo que ya vine hablando desde hace varias páginas: las duras reglas de las mundo del hampa y la contradicción existente en ellas. Estas, a su vez, me permiten reforzar la hipótesis de que la comunidad del río sí es una alegoría de nación. Y para esto creo necesario describir el recorrido de Toño desde el primer momento que se encontró con su abusador, el Cafiche España.

Sin embargo, antes de centrarme en la descripción creo necesario detenerme en una idea constante que reitera Gómez: la comunidad delictual como una sociedad estrictamente cerrada y

política. Yo señale, además, que era altamente estratificada y de difícil ingreso y ascenso. Es una idea a tener en consideración en el análisis que haré a partir de ahora. Otro dato a tener en consideración es algo que el narrador reitera varias veces, la contradicción del mundo delictual, el “sinsentido que tiene el universo de un hampón” (160). Una de las primeras veces que habla de esto es cuando expresa que un Choro, si bien no puede cogotear, cafichar, sí tiene la posibilidad de retirarse “de la actividad delictual y establecerse con un prostíbulo. El hampa lo sigue respetando, siempre que ahora no robe” (160), como ya mencioné en el apartado “Choros” del capítulo 4. Estas consideraciones son importantes para lo que explicaré después.

Voy a contextualizar a Toño en la comunidad del río antes de su encuentro con el Cafiche España. En un principio, cuando el narrador llega al río, es acogido por Panchín, quien ya era cabro del río por esa época. Solo eran los dos en un principio, porque a los demás cabros del río se los llevaron al reformatorio en una redada. Mientras es instruido por Panchín, Toño experimenta todas las costumbres y leyes de la comunidad; incluso roba junto a su mentor, algo que no podría haber sucedido, pues tiene que pasar mucho tiempo antes de que realmente pueda ingresar a esta sociedad. Esto mismo lo señalé en el apartado anterior al hablar de los cabros del río, y cité a uno de ellos: “Eso no es prueba. Cualquiera roa. ¿Pero vos sabís si será capaz pa'gualtal la biaba en la pesca?...Aemás: yo tús que estal cerca de tres años ulmiendo al lao del tajamal y en recién 'espués ustees me ejaron vivil en el río. Po'aí tiene que empezal” (140). Se incumple una regla, pero Toño puede seguir en la comunidad delictual sin pertenecer a ella aún. Más tarde, cuando el Zanahoria escapa de prisión, a Toño lo agarran junto a otros Cabros del río y lo interrogaron con violencia, con el objetivo de descubrir el paradero del fugitivo. “— ¿Toño? ¿Desde cuándo estái vos en el río? Antes no te había visto. Y pa' que andís con Panchín tenis que sel un guen lairón” (150): la cita demuestra dos situaciones: ya había pasado el tiempo suficiente en el Mapocho para que Toño sea incluido en la comunidad, o es tan bueno delinquiendo que los Cabros del río lo incluyen indudablemente. Me inclino más por una combinación de ambas, debido a que los hampones son muy recelosos con quien ingresa a su círculo social, por lo cual Toño es incluido, aunque como pelusa.

—Yo soy el compañero del Zanahoria —contesté...

— ¿Qué te'stái imaginando, guanaco irreverente?

Como la ciudad, el río también tiene sus jerarquías y los delincuentes son celosísimos de ellas. Hay escalas y cuesta muchos subirlas.

Un "pelusa" es un simple Toño, y nada más (172).

La cita reafirma la postura que ya había planteado, ya que en ella Toño asegura ser su compañero, algo que no podría ocurrir, porque ni siquiera es considerado como un integrante de los hampones, y sin embargo delinque con ellos. Ello ocurre porque es un buen ladrón, y cuando son buenos, son considerados, algo que mostré con el personaje de Carlitos Valenzuela, que era un experto en su rubro, por lo cual se le toleraba su homosexualidad. El caso de Toño es similar: se lo incluye a pesar de ser un pelusa, compañero de un Cabro del río que era no solo buen ladrón sino que más de algún problema ha causado a los policías. Posteriormente conoce en persona al Zanahoria, lo cual ya le da cierto ascendente sobre el grupo, por el solo hecho de chocar las manos (153), pero como pelusa.

Para adentrarnos en lo que nos compete, voy a hablar de los pegadores, uno de los tantos grupos existentes en la alegoría nacional del río. Toño los describe de la siguiente forma:

Trabaja de cargador, lustra zapatos, vende periódicos, explota mujeres. Lo atrae el encanto del hampa, sin embargo no roba: sólo se atreve a matar, y pega puñaladas a mansalva. Por eso el río no lo acepta. Como debe demostrar que "sabe pegar", anda huyendo siempre de la justicia. Merodea en torno a la sociedad y el río sin encontrar la aceptación de ninguno de los dos. Se siente despreciado por el hampa y por la ciudad...Anda siempre buscando las espaldas, por eso para el ladrón no hay mejor amigo que una pared. Cuando un pegador es apuñalado por un ladrón, su grupo se ofende y los otros pegadores se sienten en la obligación de vengarlo. Organizan invasiones punitivas contra el río. Lo hacen cuando saben que en el río sólo están los pelusas. Con los líderes no se atreven. Hieren, violan, patean a quien encuentran y raptan a los más pequeños o inexpertos, y a veces hasta matan. En sus tabernas, después, emborrachan a los rehenes hasta que pierden el control de sus actos (207 – 208).

Este grupo no forma parte de la comunidad delictual, como se aprecia en la cita, los marginalizan y excluyen de su mundo. El encuentro con el Cafiche España ocurre precisamente en ese contexto: el Zanahoria le había roto el estomago a él. Y en venganza invade el río Mapocho. Es importante señalar que las últimas palabras de la cita, en concreto “hieren, violan” y “en sus tabernas, después emborrachan a los rehenes”, son los primeros indicios de la catástrofe de Toño. A diferencia de sus compañeros él no arranca. Se concreta su violación, la cual nunca narra. Posteriormente, en el capítulo de “Expulsión” es excluido por la sociedad delictual del hampa: queda estigmatizado como homosexual, hueco. Para esta aseveración hago la siguiente especulación, porque si no, no tendría

sentido su exclusión: estoy casi segura de que mientras Toño pasa dos días bebiendo mucho en la cantina de los pegadores (210), ni él mismo sabe cómo actúa. Es probable que haya demostrado debilidad o actuó como “hueco” mientras estuvo cautivo, y de alguna forma los integrantes de la comunidad delictual se enteran, produciéndose esa condena definitiva. Si Toño se demostró como un “hueco” durante esos dos días en cautiverio, el desprecio del hampa será seguro, porque el odio de la comunidad del río va primero hacia la ciudad, segundo a los delatores y tercero a los homosexuales. Y sus reglas, conductas y comportamientos no le permiten tener a ese tipo de persona dentro de sus filas. No obstante, aquí quiero resaltar algo: “Más o menos estuve cuatro semanas luchando entre la vida y la muerte. Todos los pelusas del río robaron para comprarme remedios. Todos, hasta Panchín” (211), dice Toño, luego de su encuentro con el Cafiche España y antes de ser expulsado. Estas son las grandes contradicciones del mundo del hampa: la sociedad hamponal es muy cerrada y el odio se muestra con un desprecio y burla profunda ante los homosexuales. Sin embargo, los Cabros del río se dan la molestia de cuidarlo lo suficiente para que no muera. Perfectamente, y de acuerdo a sus reglas, podrían haberlo dejado morir, porque demostró ser un “hueco” y alguien muy débil, lo cual sería considerado un defecto. Pero lo ayudan, lo cual me hace pensar que Toño ha hecho suficiente mérito para que, antes de perder su espacio, pueda ser tratado y tenido en consideración por parte de sus compañeros, el último acto de lealtad y compañerismo hacia él.

Expulsado, Toño termina por caer en la cárcel de Valparaíso, donde es bien recibido por los presidiarios. Entrar a la cárcel les da buen estatus a los hampones, y Toño lo adquiere por unos días, hasta que se sabe lo ocurrido con el Cafiche España. Sigue el desprecio, pero antes de irse de la cárcel el Ñato Tamayo le dice estas palabras, ya descritas en el capítulo 4, en el apartado de *Choros*:

—Toño, te vas. Bien: te voy a dar un consejo. Trata de comprender que por medio de ciertas actitudes no nos vas a impresionar. Una sola cosa nos convence: que actúes duro y fuerte contra los giles. Cuando pegues, pega firme porque también te darán duro. Atácalos porque los odies, no para buscar nuestra admiración. No lo olvides. Matasiete y varios muchachos estamos de acuerdo en que puedes volver al Mapocho. Vuelve al río. De ti dependerá su trato. (238)

El consejo de Ñato Tamayo vaticina los momentos finales del protagonista consolidándose como hampón reconocido, pero además le permite tener una oportunidad más. Asumo que esto se debe porque él es un buen ladrón y los líderes de la comunidad delictual ven algo en él que aún puede ser rescatado. Tiene la oportunidad, solo debe demostrar su valía guerreando contra la ciudad. Esta

seudoaceptación está marcada por la discriminación de ser hueco y es una aceptación a medias. Pero Toño consigue llegar adonde quería realizando ciertos actos que lo avalan con sus pares. Uno de ellos es la Bolsa en Chanco. Como ya describí con anterioridad, Toño hace cumplir las leyes delictuales al castigar de manera brutal al Tonto Maldonahue, que ha soplado a un preso dónde se escondían las pistolas de los hermanos Valdivia, choros también reconocidos:

—Toño, leántate. Siéntate ahí. No te movaidi'ái. —Se dirigió al Firpo—: ¿Y vos, jetón? ¿No te dáí cuenta que sivai ahora a isil que está enfelmo la Gualdia lo va a rochar? ¿Qué te creís que los pacos son tontos?

Me levanté y me senté donde ordenara el Gitano. Llegaron otros hampones, el menor de los Valdivia entre ellos. El Gitano lo saludó con mucha deferencia...

—Ya, compaire, queó listo el chanco en bolsa.

—Gracias, compaire. Este alcahuetazo se lo merecía. Gracias, cauro. No lo dijo con curiosidad ni gratitud. Lo dijo: simplemente tomó el acto como un homenaje (297).

Una vez cumplido el Chanco en bolsa, los reclusos se reúnen y admiten a Toño en el agradecimiento, debido a que él es quien lleva a cabo el ajuste de cuentas. En la cita se evidencia ya una forma distinta de tratarlo por parte del El Gitano. Y el “Gracias, cauro” permite una reintegración, porque esta hablándole a otro integrante de la comunidad delictual. Puede que lo del Cafiche España aún lo persiga, pero algunos hechos que lleva a cabo para redimirse le sirven para ir escalando lenta y dificultosamente en el cerrado espacio social del río.

Tras su paso por la cárcel, Toño está a punto de salirse de esta comunidad, debido al rechazo de los suyos, y piensa en un nuevo viaje fuera del país. Su intención es comenzar desde cero y hacerse reconocer. Pero el Ñato Tamayo lo llama y hace una advertencia mezclada con amenaza y consejo. Desde su estadía en la cárcel, Toño desarrolló un comportamiento violento que atemorizaba, según él, a algunos hampones. Y este hampón, en su encuentro, le advirtió que su nueva actitud lo estaba convirtiendo en un peligro para la comunidad delictual y que esta conducta, de influir miedo hacia sus pares, no le permitiría volver a ser admitido dentro de la comunidad. El debía luchar contra la “ciudad y los giles” (317) si quería ser reintegrado en la misma:

Si un día fuiste débil, lo que interesa es que no sigas siéndolo...Como te comportas hoy, representas un grave peligro para nosotros porque puedes llegar al asesinato de uno de los

nuestros —o de varios— con el único objeto de infundir pavor y hacerte respetar por medio del miedo. Y llegará el día en que no quedará otro camino que eliminarte (317).

La amenaza mezclada de consejo tiene otro significado que el mismo Toño no logra pesquisar: es considerado como parte de la comunidad aun cuando sea rechazado. Esa contradicción característica del río le permite seguir siendo parte aunque con una constante tensión, que sus compañeros le hacen saber. Se resisten a su inclusión debido a lo ocurrido por el Cafiche España, algo que poco a poco se va diluyendo, pero el protagonista no pudo dilucidarlo por sentir la falta de pertenecía hacia el río, y por el problema identitario descrito en la tesis de Gómez. Existía cierto reconocimiento hacía Toño porque, de no ser así, ni el Gitano se habría acercado para reconocer su acto, que restituía la dignidad de los hermanos Valdivia, ni el Ñato Tamayo lo habría llamado dos veces para advertir y aconsejarle. De cierta forma, aun cuando se estaban cuidando sus espaldas —porque evidentemente estaban amenazando a Toño que no siguiera por un camino contrario al del hampón si quería seguir con vida—, había un interés bien disimulado de parte de la comunidad delictual.

Preferí robar solo, aunque me sobraban los compañeros...Busqué y encontré nuevos métodos. El grupo me los imitó...Innové. Di forma más cómoda y expedita a sistemas antiguos o incompletos. Hice filigranas con el escapeo. Soy el primer ejecutor de la señal con papel engomado en las puertas de calle. Perfeccioné el método del "cambio de maletas" en los almacenes, y al "billete brujo" le adapté una variante que los mismos detectives reconocieron como perfecta, pero en especial, fui perfeccionándome en el robo nocturno (317).

En la cita, el narrador se muestra como ladrón avezado e ingenioso en cuanto a nuevas técnicas de robo. Se puede advertir que, por un lado, era requerido por otros hampones para delinquir junto a él. De haber mantenido su título de “hueco” esa situación no podría haber ocurrido, por lo cual ya estaba cada vez más cerca de convertirse en el choro reconocido que tanto quiso ser desde su llegada a la comunidad del río. Sin darse cuenta Toño asciende de la misma forma en que su esperanza de reintegrarse se desvanece.

La siguiente acción, que definitivamente lo integra a la comunidad y lo convierte en un Choro, es el escape del reformatorio:

Decidí salir de Chile lo más pronto posible. Sentía odio y asco por todo lo que fuese ciudad, sociedad y ser humano. Quería seguir robando. Sabía que en otro país nacería otra vez y me llamaría como deseara.

Fragüé un plan de fuga y lo propuse a varios de mis más antiguos conocidos... Eligí a los delincuentes más notables que habían venido conmigo de la Cárcel y a cada uno encomendé misiones y movimientos distintos. Les advertí que una vez lograda la evasión cada cual debería tomar el rumbo que deseara: sólo así puede tener éxito una fuga en masa. No acepté compañeros para el futuro (340).

Toño ya está completamente desencantado y su intención es irse a otro lugar para buscar una identidad. Sin embargo, no advierte que su toma de iniciativa, hacer el plan y llevarlo a cabo, son los determinantes para su reinserción. No se da cuenta de que ha tomado el liderazgo de aquella operación y de que los hampones obedecen sus palabras al pie de la letra. No es consciente de la magnitud de sus acciones, y de que ese escape no solo lo hace para él, porque utiliza a otros delincuentes para concretar operación, sino que también incluye a los demás jóvenes. Es una muestra de compañerismo claro y una lucha encarnecida contra la ciudad. De ahí que lo acepten como un nuevo líder del hampa.

A partir de lo expuesto sobre el caso de Toño, puedo estar en desacuerdo con la novela del sujeto incorregible expuesta por Gómez. Estoy de acuerdo con él en que existe una crisis de pertenencia e identidad, pero desde mi perspectiva es a través de esta crisis que personaje va creciendo. Llega al punto de odiar tanto a la ciudad como el ser humano en general, incluso entre sus pares, algo acorde con los códigos y comportamientos de la comunidad delictual. Aún si el protagonista se siente desplazado, consigue un crecimiento resolutivo y se consolida como el ser humano de la sociedad delictual. Y a su vez, con el caso de Toño evidencio las contradicciones que rigen en esta sociedad. La aventura de Toño y su crecimiento no es más que un ejemplo de esto: una contradicción. Si el protagonista no hubiese sido un excelente ladrón desde joven, haciendo valer su presencia y no fuera reconocido en algunos aspectos por sus pares, quizás no hubiera podido ser reintegrado. Porque ese tipo de contradicciones dentro del mundo del hampa son permitidas. Y por último, demuestro una micro sociedad donde distintos grupos interactúan entre si, en algunos casos excluyéndose y en otros esforzándose por ser incluidos, grupos como los homosexuales, los pegadores, los Choros con los Cabros del río y las prostitutas. Todos convergen y se conocen entre sí aún si no tienen contacto los unos de los otros. Saben de su existencia. Se cumple así una de las partes esenciales de la comunidad imaginada, y es el hecho de que esta sea imaginada, pero también se cumple el hecho de que esta sea

una alegoría de nación, por los distintos códigos de comportamientos presentes en ellos, que vendrían a ser lo contrario a los valores de las buenas costumbres.

Capítulo VI: *El río*, una alegoría de nación

En los dos capítulos anteriores, describí la forma en que se desenvolvía la sociedad delictual y algunos de los grupos que la integraban. Estos rasgos literarios de *El río* me permiten dilucidar cómo se construye esta sociedad altamente compleja. Las características que componen a esta comunidad se basan en siguientes ejes fundamentales: la lealtad, la violencia, un pasado común, jerarquía altamente estratificada y la exclusión.

La lealtad es uno de los grandes ejes temáticos de la historia. En la narrativa de Gómez Morel se muestra como la traición entre los miembros de la sociedad del hampa es altamente condenada. Los castigos que reciben los delatores e infractores por traicionar a la comunidad son significativos. Estas sanciones violentas sirven para demostrar, por un lado, el poder del ejecutor y, por otro, es una forma de decir que nadie puede romper las leyes y comportamientos delictuales sin atenerse a las consecuencias. En definitiva, es una advertencia para los demás integrantes de la comunidad. El caso del Tonto Maldonahue y los hermanos Valdivia es un ejemplo de ello, del cual ya hablé en la página 47: como él delató a un guardia la ubicación de las pistolas de los hampones, alguien debía darle una paliza significativa que recuperase la honra perdida de los mismos, y Toño lo llevó a cabo.³ En la novela se muestra que los castigos derivan en una paliza o enfrentamiento que los deja semimuertos, y en ocasiones, asesinados. Por lo general, el escarmiento varía según el cargo que se le imputa al hampón acusado.

En contraste con la sociedad delictual, la sociedad estamental⁴ tiene otra forma de regirse. Lo hace mediante un contrato. La nación se basa en un contrato impersonal, no es necesario tener un apego emocional entre los miembros de la comunidad para que esta se sustente. Basta simplemente con crear un acuerdo tácito que les permita agruparse y en este caso es la creación de un pasado en común. Tal como señala Hobswarm, la “Nación sin pasado es un término en sí contradictorio. Lo que hace a una nación es el pasado, lo que justifica a una nación ante las otras es el pasado” (Fernández 179). Este pasado común es concebido por la historia compartida que existe entre los integrantes de la nación, y a partir del mismo, establecieron leyes que deben cumplirse para mantener el orden en la sociedad. En apariencia, da la impresión de que en base a este aspecto, ambas sociedades, la literaria de *El río* y la estamental, se diferencian. Sin embargo, esto no es tan claro. Si bien es cierto que en la sociedad

³En la rueda de choro se dictaminó la sentencia, pero no eligieron al ejecutor del mismo. Este debía presentarse voluntario. En este caso Toño tomó la iniciativa y después de conversar unos minutos con él para sacarle la verdad, lo golpeo tres veces con un fierro.

⁴ En este caso me refiero no solo a la sociedad institucionalizada, sino que también a la sociedad en su conjunto. Es decir, abarco a todos aquellos grupos y estratos sociales que forman parte de la nación, y que se rigen bajo parámetros institucionales.

estamental las personas no se conocen y en la del río sí lo hacen, la situación de la una también se da en la otra, de distinta forma. En la primera, el sentimiento de lealtad es suplantado por el sentido de patria y la idea de la comunión que se produce entre sus miembros, es decir, tienen un eje basado en sentimientos positivos hacia la nación; en la segunda, aunque la mayoría de sus miembros se conozcan cara a cara, también se da la situación de que esto no ocurra. Es decir, se cumple un contrato tácito de la comunidad cuya base radica en la lealtad y la violencia. El mejor ejemplo de esto son los personajes de Toño al saber de la existencia del Cafiche España. El protagonista sabía de la existencia de este personaje, pero nunca lo conoció hasta su primer encuentro. En este sentido, los distintos grupos sociales de la comunidad delictual conocen la existencia de los otros grupos, y en ocasiones interactúan entre sí (recordemos que Toño fue junto al Zanahoria a un lenocinio a dejar a Mayita, lo cual ya expliqué en la página 23). En conclusión, tanto en la sociedad estamental “real” y en la sociedad delictual literaria de *El río*, los personajes cumplen un contrato social que solidifica la manera de relacionarse entre cada uno de sus miembros aún si pertenecen a distintas agrupaciones. Aunque el contrato social establecido aparentemente requiere presencialidad en esta comunidad literaria, en realidad cumple con el mismo contrato impersonal que el de la sociedad “real”, diferenciándose solo en el contenido en que este se basa y establece, que es la violencia y la lealtad. La interacción constante entre los distintos grupos como lo son las prostitutas con los choros, y viceversa, muestra unas agrupaciones que se conocen entre sí, pero no necesariamente de manera “física”. Es decir, saben de la existencia de cierto individuo a través de lo que otro integrante del grupo dice en relación a este.

La violencia es otro de los ejes fundamentales. Ya mencioné en los capítulos cuatro y cinco que el comportamiento de los personajes se basa en conductas violentas. Esto se ve reflejado cada vez que el protagonista narra sobre la guerra contra la ciudad y sus habitantes, la cual se traduce en las distintas formas de robar que emplean los delincuentes. Los actos violentos realizados por los hampones, cuando son llevados a la práctica, no tienen ninguna motivación y solo buscan agredir al otro por el solo placer de llevarlo a cabo. Uno de los casos mencionados en la novela es el encuentro entre la esposa del policía Karla Marx con Toño, Panchín y Pelotón, el perro de ambos. A ambos cabros del río les llama la atención la señora, quien paseaba a su mascota, y la siguen. En eso, ambos perros se enlazan en una pelea: “Cuando aumentaba el número de paraguasos, intervinimos nosotros. No estaría bien seguro si actuamos para salvar a nuestro perro o con el objeto de aumentar la confusión y poder robarnos el paraguas” (Gómez Morel 188). Pareciera haber un objetivo claro en un principio al intentar robar el paraguas, pero el mismo Toño menciona que no sabían lo que querían hacer ante aquella situación. Solo querían realizar un acto de violencia independiente de cual fuese.

En contraste, la sociedad estamental tiene como una de sus bases el orden. La organización en una sociedad con ciertas leyes y patrones de conductas rigen a los miembros de la comunidad. Mediante el orden, se establecen los patrones éticos y morales, lo que en teoría debería reducir las conductas agresivas y la vulneración de los individuos. Permite, a su vez, tener una vida más estratificada y guiada por un orden impuesto que, como ya describí anteriormente en el capítulo 3, es construido por una elite hegemónica, la cual gobierna por sobre los otros miembros de la nación. Sin embargo, si bien en teoría es así, en la práctica la comunidad delictual descrita en la novela y la sociedad estamental no son tan diferentes. Aunque los hampones no cumplen con estos acuerdos sociales y son desplazados por la comunidad estamental, ellos en su marginalización también se organizan. En *El río*, más allá de ese sentimiento de odio hacia la sociedad y sus distintas maneras de delinquir, muestra como a partir de la reunión en el río Mapocho de estos distintos jóvenes, se establece una serie de normas para relacionarse entre sí, basadas principalmente en la jerarquía estratificada y política del grupo ya mencionada por Gómez en la página 18. En consecuencia, si bien la sociedad estamental y la de *El río* parecieran ser diferentes porque la ausencia de este “orden” si existe en la práctica, pero manifestado a través de la jerarquización política basada en la meritocracia.

El pasado común es otra de las bases de la sociedad delictual. Todos los delincuentes poseen un pasado trágico. Ya sea, por el abandono o abuso que sufrieron de parte de sus familiares, o de otros integrantes pertenecientes a la sociedad estamental. Hablé de estos casos cuando describí parte del pasado del protagonista, el de Panchín en el capítulo 4 (en el apartado de “Cabros del río”) y el personaje que asumió como “Juez” para determinar la permanencia de Toño en el río Mapocho: el primero con una madre violenta que solo lo veía como una garantía para recibir dinero; el segundo por el abandono de su madre tras seguir a un amante; y el tercero, quien aparece una vez en el relato, cuando menciona que vivió en un orfanato al igual que el protagonista en su niñez. De estas historias de vida, vinculadas a la vulneración, marginalidad y pobreza, se desprende ese sentimiento de odio y resentimiento contra la ciudad, en las cuales se basa este pasado compartido. De esta forma, la comunidad imaginada de *El río* concibe un pasado basado en sus propias experiencias de vida. Se imaginan a sí mismos a partir de este pasado que reniegan, pero que está presente constantemente en todas sus acciones violentas y en la guerra contra la ciudad. Construyen, a través de aquel pasado trágico, una identidad y un relato identitario que les permite afianzarse y relacionarse entre sí.

Este pasado común al cual se acogen todos los delincuentes, es bastante similar al concebido por una nación. Las naciones se construyen a sí mismas no solo por una serie de sucesos históricos, sino que también mediante un sentimiento patriótico que unen a las personas, en la mayoría de los

casos basados en sentimientos positivos como lo son el amor. Todos ellos perciben la comunión en cada uno de sus integrantes aún si forman parte de distintas agrupaciones sociales, independiente de las agrupaciones étnicas, religiosas y sociales. De la misma manera en que esta sociedad estamental inventa una historia ligada a sus raíces como nación, es decir, compartir cierta manera de pensar y agruparse a través de una serie de sucesos históricos que les permitió congregarse y reunir distintos elementos que integran a la comunidad imaginada, la sociedad delictual de *El río* crea y se construye como comunidad. La diferencia radica en la forma en que esta se produce. Si la sociedad estamental se basa en un pasado común que reúne aspectos positivos relacionados al sentimiento patriótico que los integrantes experimentan mediante la satisfacción y apego hacia la forma en que conciben su pasado común, el mundo de la delincuencia se cimenta en las emociones del odio y el resentimiento. Estas emociones centrales dan como resultado el tópico de la guerra contra la ciudad, uno de los grandes temas de la novela. En este sentido, el clímax de dicha temática se representa en la incursión de los policías al río en búsqueda del Zanahoria que había escapado de la prisión. Como expliqué en la cita de la página 41 los hampones se reunieron porque para ellos la lucha contra la ciudad se tradujo en defender al choro que tanto mal hizo a la misma mediante sus acciones. Es el sentimiento de odio contra sus agresores y el de lealtad con sus integrantes. En conclusión, si bien sus orígenes ambas sociedad distan la una de la otra, el contenido de pasado común imaginado e inventado, mantiene sus bases aún cuando varía la forma y el contenido, pero que en cuya cimentación se encuentran un sentimiento: una de aspecto favorable hacia la nación y la otra de repudio hacia esa, generándose ese pasado común. El único propósito de la comunidad literaria de *El río* es destruir o batallar a esa sociedad estamental “real” representada en la novela.

Otra de las bases primordiales es la jerarquía que se establece en la sociedad delictual. Hablé de ella en el capítulo cuatro en el apartado de “Cabros del río”, apoyándome en las descripciones realizadas por Mauricio Gómez sobre la misma. La comunidad de *El río*, tal como la presenta Gómez y pude advertir en mi análisis, se caracteriza por ser altamente estratificada y cerrada. No cualquiera puede ingresar y ser parte de esta. Deben pasar años para que el escaño más bajo de la pirámide, los cabros del río (y no los pelusas, ya que estos si bien los consideran en la comunidad, no forman parte de ella), lo acepten, lo que se traduce en la posibilidad de delinquir y conocer todas las costumbres del mundo delictual. Esto le sucede a Toño cuando llevan a cabo el juicio que determinó su estadía, imposibilitándole ser parte de los robos hasta que los mismo hampones lo decidieran. Son extremadamente celosos en los cargos que desempeñan, por lo cual el ascenso al más alto grado de todos, choro, es difícil. Porque ser un choro significa convertirse en uno de los líderes de la sociedad

del hampa, cuya voz y voto son sentencias definitivas para, ya sea, los problemas cotidianos o los de índole grave. El ejemplo significativo de esto es el caso Carlitos Valenzuela, descrito en el apartado de “En el límite: Homosexuales” del capítulo cuatro. Fue precisamente en una decisión unánime de varios choros encarcelados que se decretó la muerte del hampón, debido a que “en su contra había dos cargos gravísimos: sapo y harinero. Sapo, porque había delatado una fuga, y lo segundo porque había "dado harina" en la repartición de un botín, dejando para él la parte más valiosa” (Gómez Morel 303). Es decir, que se dejó la mayor parte del botín para él y repartió entre los otros una pequeña parte.

Las relaciones jerárquicas del río no permiten las faltas de respeto hacia los hampones de larga carrera. Nivelarlo a un pelusa es rebajar su honor de hampón e inmediatamente los miembros de la comunidad le hacían saber al otro individuo su error y su lugar en esta pirámide estratificada agrediéndolo verbalmente. O, en el caso de que quien faltase el respeto, sea alguien ajeno a la comunidad delictual, las consecuencias son más drásticas. El conflicto entre el Milico y el Gitano es un buen ejemplo de ello, el cual describí en el apartado “Entre el reformatorio y la cárcel”. Uno, pillo de cana y otro hampón de renombre. Como el primero insultó al segundo, este último le dio una paliza que lo dejó semimuerto. En contraste con la sociedad delictual narrada por el protagonista, la sociedad estamental a lo largo del tiempo, ha experimentado una transformación en sus bases sociales. Antiguamente, tenían una división parecida a la propuesta en *El río*, pero con el tiempo esas divisiones jerárquicas tan marcadas de clase han dejado de tener relevancia. La importancia de esta sociedad de clases, a mediados del siglo XX está cada vez más asociada al mérito, a las capacidades de los individuos para poder ascender socialmente en el sistema capitalista. Da la impresión de que conseguir una posición elevada es menos complicado. No obstante, y en la práctica, ambas sociedades, la real y la literaria, funcionan igual. Si bien pareciera que a mediados del siglo XX la sociedad estamental no están rígida como antes, si mantiene una firme división social. Esta separación entre clases, que en apariencias suplanta la pirámide jerárquica, se transforma en una nueva manera de representar estos rangos a través de lo social. Por esto su igualdad en relación a la novela: puede que sean distintas maneras en que se manifiesta esta división de clases y rangos entre los individuos integrantes de la nación, pero en ambos se diferencian por distintas clases que se subordinan a las de mayor poderío. Una de ellas asociadas a las elites inamovibles que se establecieron a través de la historia; y la otra mediante de la validación de actos violentos contra los individuos de la sociedad estamental.

La última de las bases fundamentales de la sociedad delictual literaria de *El río* es la exclusión. Como en toda sociedad, la comunidad delictual del río excluye a aquellos integrantes que no cumplen con las normas establecidas. El mundo del hampa que es narrado desde la perspectiva de Toño,

representa a una agrupación en particular, que es la del ladrón. Son ellos quienes imponen las reglas de comunidad delictual y el comportamiento a seguir por sus integrantes. En sí, la sociedad delictual está repleta de exclusiones: cada agrupación marginaliza a la otra y genera sus propias reglas de conductas, pero compartiendo códigos y reglas en común. Por ejemplo, los pegadores (descritos en la página 45 del capítulo cinco) solo pueden hacer notar su presencia silbando: “Pudimos oírlos...Lo hicieron al compás de un silbido: señal del hampa; único hábito que se les permitía usar” (209). Esos patrones de conductas acordados tácitamente les permiten relacionarse con otros grupos, tales como las prostitutas y los homosexuales. Pero siempre mantienen la tensión y fricción entre los mismos, porque se desprecian. Por ejemplo, los hampones detestan a las prostitutas, porque encarnan una visión de mujer despiadada y sin emociones. Incluso Toño llega a admitir que el Zanahoria tiene razón (citado en la página 30 del capítulo cuatro), a ellas solo se les debe golpear y “usarlas” para tener relaciones, porque desde el pensamiento delictual, solo deben ser vistas como objetos deseables en lo carnal. Y a su vez, las prostitutas desprecian al hampa, por tratarlas como objeto y golpearlas. La diferencia radica en que ellas aceptan este trato porque son capaces de dimensionar los beneficios que estos conllevan y tener la capacidad de determinar cuándo aprovechar la situación para conseguir una mayor ganancia. Se vio con el caso de Julia, quien se aprovechó del protagonista para obtener una experiencia única sin tener que gastar dinero al ir de viaje a Valparaíso. O el caso de la madre del mismo, que mediante su hijo obtenía dinero de parte del padre biológico.

Los homosexuales además de ser excluidos, son totalmente repudiados por la comunidad de *El río*. Pero este grupo social, de forma irónica, tiene su paralelismo en la sociedad delictual del hampa: los delincuentes son rechazados y perseguidos por la sociedad estamental. Los marginaliza hasta tal punto que es capaz de privarlos de libertad en centros institucionales como los reformatorios y las cárceles. Los desplaza. Las acciones de la sociedad estamental son replicadas por los mismos hampones en su forma de relacionarse con los homosexuales. La situación podría ser similar para los pegadores, pero estos están en igualdad de condiciones para enfrentarse en caso de una disputa, no así el caso de los homosexuales. Porque en vez de agruparse entre sí, son catalogados como grupo por los hampones. El protagonista los describe (en el apartado de “En el límite: Homosexuales” abordé esta temática) como una agrupación a pesar de no serlo, debido a que la sociedad del hampa los clasifica de esa manera. Su única posibilidad de ser admitidos es si estos tienen alguna cualidad que los hace un buen ladrón.

La sociedad estamental también excluye a aquellos que no cumplen sus códigos, en este caso la comunidad delictual. El incumplimiento de sus reglas por parte de los hampones va en contra de la

moral. Su forma de actuar y de vivir perturba, desorganiza y violenta a la sociedad estamental. Pero se presenta en la novela, a través de la narrativa de Gómez Morel, que incluso esta sociedad excluida del río replica los patrones de conducta de la sociedad estamental, rechazando a esos otros grupos que forman parte de la comunidad delictual de manera mutua, pero solo marginalizando por completo al de los homosexuales. En definitiva, sus fricciones les permiten interactuar entre sí, independiente de si estas sociedades llegan a verse cara a cara o no, porque saben de la existencia del otro. Se cumple el hecho de que esta sea una comunidad “imaginada” aún cuando las bases de su comunión no sean las mismas.

Hay un tema que me gustaría proyectar para otra investigación, y es la tensión permanente que existe entre aquellos entes y personajes que, a pesar de tener su origen directo del estado, oscilan entre la ciudad y el río Mapocho. Estos corresponden a los reformatorios, las cárceles y las policías, cuyo rol es fundamental en el mundo delictual. El conflicto entre ellos se desarrolla primordialmente en las riberas del río y las calles colindantes de este. Representan el término de un mundo y el comienzo del otro. Es a partir de este espacio limítrofe que los delincuentes se expanden hacia otros sectores de la ciudad para delinquir y ampliar su rango de trabajo mientras no invada el espacio de otras jurisdicciones delictuales.

Como ya he reiterado en varias ocasiones, la comunidad delictual de *El río* va en contra de lo establecido por la sociedad estamental, basándose en un comportamiento violento para relacionarse con su entorno. Pero no he especificado el por qué de este planteamiento. Y esto tiene una estrecha relación con el contexto histórico, es decir, con el estilo de vida que las clases bajas y trabajadoras desarrollaron a finales del siglo XIX y la primera mitad del XX. Con ejemplos del Toño, Panchín, el “Juez” y el Zanahoria dejé en evidencia lo que lo que había dicho Palma, y es que la mayor parte de los hampones comienzan robando en su niñez bajo el alero de un maestro. La pobreza es el mayor factor de la delincuencia, pero el entorno familiar y social, y las relaciones establecidas son las causas directas de la creación de esta comunidad. Debido al desplazamiento de estos sectores y la nula intervención del estado para buscar una solución, desde una perspectiva literaria Gómez Morel muestra una respuesta a esta problemática sin proponérselo ni buscarla. La comunidad delictual de *El río* muestra cómo a partir de esta marginalización se gesta un profundo odio y repudio hacia la sociedad civil y todo lo relacionado hacia aquel mundo que los hirió. La lucha contra la ciudad se transforma en su motivación para vivir y seguir avanzando, una manera de hacerles saber de su presencia aún cuando quieran darle la espalda y negarla. Es un grito de guerra, desesperación, rabia y odio que tiene su máxima expresión en la violencia. Se niegan a seguir el modelo económico del capitalismo y asociarlo al trabajo

esforzado y digno para llegar lejos en la vida; lo suplantaron por el hurto y la transacción ilegal del producto robado, para conseguir dinero en un trabajo poco honrado pero de carácter aleatorio, como si se tratase de minar una mina: eligen donde cavar, pero el resultado final puede ser cualquier tipo de minera variando desde el de menos valor hasta el más valioso. Se niegan a seguir las leyes morales y éticas que rigen la ciudad, porque la consideran corrupta y desleal con los suyos. Agreden a los individuos de la sociedad civil no solo por el deseo de guerra, sino porque les gusta la violencia y porque, a mi juicio, consiste en la única forma de descargar su resentimiento y dolor contra el mundo, de cobrar venganza por el daño que sufrieron. En definitiva, su sola existencia es una resistencia y una negación hacia la sociedad estamental, la parasitan hasta el último momento, infringiéndole daños y abusos tan significativos como los sufridos por ellos la sociedad.

En conclusión, en esta novela autobiográfica sí se configura una nación alegórica correspondiente al mundo del hampa. Pues, a pesar de que aparentemente no tiene ningún parecido con la nación, esta sociedad desplazada establece una comunidad con parámetros similares, e incluso en ocasiones casi idénticos como lo son los casos de la jerarquización y la exclusión. Crearon normas y reglas propias, incluso una forma de organizarse que les permitiese funcionar como comunidad, todo a través de la exaltación de la violencia. Esta es exaltada en su máxima expresión y la ejercen tanto contra la sociedad estamental como hacia los miembros de su misma comunidad. Y como esta nación alegórica se encuentra dentro de otra nación, los valores y reglas de las mismas entran en conflicto. Son dos formas opuestas de comprender la vida y de vivirla. Y debido a que precisamente la sociedad delictual es nociva, la estamental se esfuerza por suprimir a la delictual, enfrascándose en una batalla sin final. De esta manera, la novela de Alfredo Gómez Morel, además de describir detalladamente la comunidad delictual, valida un mundo a través de su propia lucha interna. A través de la historia de Toño, legitima la existencia de un mundo que no solo sabe luchar y defender sino que también agredir y matar. Lo justifica y entiende, porque al igual que ellos, perdieron la identidad que les otorgaron sus núcleos familiares y la sociedad estamental, para luego reagruparse en un sentimiento identitario común que los hizo sentir parte de algún lugar. Es una lucha por revalidarse a sí mismos al negar sus propias raíces e instaurar unas nuevas. Y es también su venganza, exaltada en la violencia

Biografía

- Álvarez, Ignacio. *Todos contra Jameson los alcances de la alegoría nacional y su valor para la lectura de dos novelas chilenas recientes*. Santiago, Chile, Universidad Alberto Hurtado, 2009. Impreso
- Anderson, Benedict. *Comunidades Imaginadas*. Traducida por Eduardo I. Suarez. México, Colección Popular, 1993. Impreso
- De Ramón, Armando. *Santiago de Chile (1541 - 1991). Historia de una sociedad urbana*. Santiago, Chile, Sudamericana, 2000. Impreso
- Gómez, Mauricio. *La representación de la ley en El Río de Alfredo Gómez Morel: psicoanálisis, tipos discursivos y sociedad delincuencia*. Tesis, Universidad Alberto Hurtado, Santiago, Chile, 2012, digital.
- Gomez, Morel, Alfredo. *El río*. Santiago, Chile. Sudamericana Chilena, 1997. Impreso
- Hobsbawm, Eric. “Etnicidad y nacionalismo en Europa hoy”. *La invención de la Nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Comp. Álvaro Fernández Bravo. Buenos Aires, Argentina: Manantial, 2000. 173 – 184. Impreso.
- Lejuene, Philippe. “*El pacto autobiográfico*.” N°9. Diciembre 1991: 46 -61. Impreso
- López Gallego, Manuel. “*Bildungsroman. Historias para crecer*.” N°18. 2013: 62- 75. Impreso
- Lukács, Gyorgy. *Teoría de la novela. Un ensayo histórico filosófico sobre las formas de la gran literatura épica*. Buenos Aires, Argentina, 2010, Godot, Colección Exhumaciones. Impreso
- Sanhueza, Gonzalo. *En torno al sujeto Gómez Morel*. Universidad de Chile, 2011, Santiago, Chile. Digital
- Palma, Daniel. *Ladrones. Historia social y cultural del robo en Chile 1870-1920*. Santiago, Chile, LOM, 2011. Impreso
- Pinto Inzunza, Francisca Javiera. *El “realismo feo” como imagen de un discurso disruptivo*. Tesis. Universidad de Concepción. Concepción, Chile, 2019, digital
- Salazar, Gabriel y Pinto, Julio. *Historia contemporánea de Chile I: Estado legitimidad, ciudadanía*. Santiago, Chile, LOM, 1999. Impreso